

Trabajo Fin de Máster

La participación popular en los grandes conflictos políticos y sociales del siglo XVI en la monarquía hispánica: composición, motivaciones y relevancia

Autor

Marcos Guillén Franco

Director

Jesús Gascón Pérez

Facultad de Filosofía y Letras

14/09/2015

Índice

Resumen	2
Introducción	3
1. Estado de la cuestión	6
1.1. Comunidades de Castilla	7
1.2. Germanías de Valencia	11
1.3. Rebelión aragonesa de 1591	13
2. Participación popular en las Comunidades de Castilla (1520-1522): la búsqueda del bien común	15
2.1. Caras en la multitud: la base social de las Comunidades	15
2.2. Motivaciones populares	17
2.3. Papel del pueblo dentro de la rebelión.....	21
3. Las Germanías de Valencia (1519-1522): una revuelta antiseñorial dirigida por el estamento popular	24
3.1. Caras en la multitud: la base social de las Germanías	24
3.2. Motivaciones populares	26
3.3. Papel del pueblo dentro de la rebelión.....	30
4. Participación popular en la rebelión aragonesa de 1591: ¿un «vulgo alborotado y ciego»?	34
4.1. Caras en la multitud: la base social en la rebelión aragonesa de 1591	36
4.2. Motivaciones populares	38
4.3. Papel del pueblo dentro de la rebelión.....	44
Conclusiones.....	48
Bibliografía.....	58

Resumen

La llegada de Carlos V a España no fue nada fácil, ya que desde el primer momento tuvo que hacer frente a una serie de problemas que amenazaban su recién estrenado trono. Dos destacan entre todos ellos: las Germanías de Valencia (1519-1522) y las Comunidades de Castilla (1520-1521). Tampoco quedó exento de esta problemática interna su hijo y sucesor Felipe II, quien tuvo que soportar durante sus últimos años de reinado la rebelión aragonesa de 1591, la cual acabó por desesperarle hasta tal punto que finalmente decidió ponerle fin invadiendo dicho territorio. Mucho se ha escrito sobre estos tres conflictos. Sin embargo, todavía faltan estudios que establezcan comparaciones entre unos y otros. Con la intención de suplir esta carencia surge el presente trabajo, en el que se pretende poner en relación un aspecto observable en las tres rebeliones: la participación popular. Para conseguirlo se acometerán los siguientes objetivos: poner cara a esa muchedumbre que en muchas ocasiones ha sido tratada como algo abstracto y sin identidad; conocer las motivaciones que les condujeron a participar; y, en último lugar, analizar el papel que tuvieron dentro de cada uno de estos conflictos.

Abstract

The arrival of Charles V to Spain was not easy as he had to face a great number of problems which threatened his throne. Two of them stand out: «Germanías» of Valencia (1519-1522) and «Comunidades» of Castille (1520-1521). Neither was his son and successor Philip II exempted from this internal trouble. He had to endure the Aragonese Rebellion 1591 during the last years of his reign. This rebellion drove him to despair until he finally decided to invade this territory. Much has been written about these three conflicts. However, there is a lack of studies which draw comparisons between them. This paper intends to fill this void by comparing a shared aspect of those three rebellions: crowd participation. In order to achieve it, the following objectives will be undertaken: speaking about that crowd which, in many occasions, has been considered as something abstract without identity; researching the motivations that led these people to take part in the conflicts; and, eventually, analyzing the role they had in each of them.

Introducción

El resultado final de este trabajo no responde a una idea tomada desde el inicio del curso, ya que mi decisión primera consistía en analizar la participación que aquellos pobres sin ningún tipo de recursos, los marginados, habían tenido en los grandes conflictos políticos y sociales dentro de la monarquía hispánica del siglo XVI. Por este motivo, dediqué la gran mayoría de los trabajos del primer semestre a analizar el fenómeno de la pobreza a lo largo de la Edad Media y la Edad Moderna además del papel del pobre dentro de dichas sociedades.

Una vez analizada esta información, la intención era completarla con los trabajos elaborados durante el segundo semestre, centrados en examinar las tres rebeliones que aquí se tratan. El problema llegó cuando observé que la elaboración de este trabajo era prácticamente inviable porque la documentación referente a los mendigos es muy reducida y, además, como se constatará en las próximas páginas, su participación en dichas rebeliones fue más bien insignificante, ya que su estado de dependencia les inducía a la sumisión. Por este motivo, decidí ampliar el campo de estudio y centrarme en la participación que habían tenido en estos disturbios los estratos populares de la sociedad: aquellos con un nivel mínimo de recursos económicos pero capaces de protagonizar movilizaciones.

De este modo, la mayor parte de este trabajo responde a una investigación iniciada una vez finalizado el segundo semestre. Lo cierto es que una vez tomada esta decisión tanto la documentación como la bibliografía al respecto se multiplicaron, permitiéndome elaborar con mayor facilidad el presente trabajo y obtener las respuestas al conjunto de interrogantes que se plantean como objetivo del mismo: ¿quiénes componían la base social del movimiento comunero?, ¿quiénes intentaron hacerse con el gobierno municipal en el reino de Valencia entre 1519 y 1522?, ¿quiénes conformaban la multitud que impidió el traslado de Antonio Pérez a la cárcel de los manifestados en 1591? Y no sólo quiénes fueron, sino ¿qué motivos y aspiraciones sociales les movían?, ¿cómo los adquirieron?, ¿cuál fue su papel en todos estos conflictos?

Así pues, se pretende un análisis más preciso sobre «quiénes» para conocer mejor tanto los motivos como las actitudes y las actividades populares que tuvieron un papel determinante en el curso y las consecuencias de los tres grandes conflictos socio-políticos del siglo XVI dentro de la monarquía hispánica: Comunidades de Castilla, Germanías de Valencia y rebelión aragonesa de 1591.

Por este motivo, la parte central de este trabajo, su desarrollo analítico, se ha dividido en tres capítulos, uno para cada revuelta. Estos, a su vez, están compuestos de un total de tres apartados equivalentes para los tres conflictos analizados con el objetivo de facilitar la comparación entre uno y otro y dar mayor coherencia al texto. Están destinados a responder las preguntas que se acaban de plantear, ya que pretenden:

- determinar no sólo la naturaleza general de la muchedumbre y su conducta sino también sus componentes, es decir, analizar, siguiendo el concepto de George Rudé, «las caras de la multitud». Por eso en cada uno de los apartados dedicados a ello aparecen listas con nombres de personas y sus respectivas ocupaciones. Es una forma de poner cara a unos individuos generalmente olvidados por los historiadores.
- analizar los objetivos, ideas y motivaciones que llevan a los estratos populares a participar en las diferentes rebeliones.
- conocer su papel dentro del disturbio analizado.

Posteriormente, tras el desarrollo analítico se incluye un capítulo de conclusiones finales en las que se recoge parte de la información ya vista pero desarrollada con mayor detalle y estructurada de tal forma que permita elaborar un marco comparativo en el que insertar las tres rebeliones analizadas y establecer una serie de valoraciones generales aplicables a ellas.

Para poder completar todos estos capítulos que se acaban de mencionar, más un estado de la cuestión inicial, se ha recurrido a una abundante bibliografía que aparece recogida en la parte final del trabajo. En primer lugar, han sido necesarias obras de carácter general centradas en temas tan amplios como los fundamentos teóricos del conflicto social, la revuelta popular y la conciencia de clase, las revueltas y las revoluciones en la Edad Moderna, etc. La mayoría de ellas pertenecen a historiadores,

pero también se ha recurrido a sociólogos y filósofos, ya que la comprensión del fenómeno de las luchas sociales requiere una perspectiva analítica interdisciplinar¹.

De ellos se ha obtenido una información muy valiosa pero que era necesario acotar, ya que el presente trabajo no pretende analizar la participación popular en todas las rebeliones sino en unas concretas que se dan en un espacio y un período determinado de tiempo, es decir, dentro de un marco horizontal común. Para ello se ha recurrido a una serie de obras dedicadas únicamente a los conflictos aquí estudiados. Estas no sólo hacen referencia a la participación popular en cada una de ellas, sino que son estudios que permiten tener una visión de todo el conflicto en general, ya que es necesario colocar el hecho en el cual participa la muchedumbre en su adecuado contexto histórico.

Asimismo, se ha utilizado alguna documentación de la época, ya editada en los estudios de los diferentes conflictos, para poder conocer el nombre y la ocupación de los integrantes de las multitudes. En las tres rebeliones, esta documentación es resultado de la represión que ejercieron las autoridades una vez retomado el control de la situación: listas de exceptuados de perdones reales y autos de fe. No es de extrañar, ya que,

infortunadamente, estos participantes rara vez dejan información en forma de memorias, folletos o cartas, y para identificarlos así como también indagar sus motivos y su conducta, tendremos que confiar en otros materiales. En la mayoría de los casos, elaborados por los encargados de llevar a cabo la represión de los disturbios populares, por lo que el historiador debe andar con cautela y buscar constantes trampas².

Conociendo esta dificultad y con la cautela aconsejada, a partir de las siguientes líneas se intentarán cumplir todos los objetivos planteados, comenzando por un estado de la cuestión en el que se repasa cuál es el trato que han recibido los conflictos aquí tratados desde los momentos posteriores a su desenlace hasta la actualidad.

¹ De hecho, los sociólogos fueron los primeros en ver la muchedumbre no como una mera abstracción generalizada y han tendido, por el contrario, a dividirla y clasificarla según los objetivos, conductas, creencias subyacentes, etc. Por este motivo, «la alianza de Historia y Sociología aparece plenamente indispensable para emprender el estudio de la lucha cotidiana de las gentes desconocidas y anónimas en concepto de sujeto histórico, de las gentes que hasta el siglo XIX se podían calificar, hasta cierto punto, como carentes de interés histórico, precisamente porque su vida estaba exenta de la espectacularidad de las grandes figuras». JORGE ARAGONESES, M., «Los movimientos y luchas sociales en la Baja Edad Media», *Estudios de Historia Social de España*, t. 1 (1949), p. 280.

² RUDÉ, G., *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra 1730-1848*, Siglo XXI, Madrid, 1989, p. 20.

1. Estado de la cuestión

El estudio de la muchedumbre durante el Antiguo Régimen entraña numerosos problemas. En primer lugar, la evidente escasez de fuentes al respecto, ya que los sectores más bajos de la sociedad dejaron pocas huellas en la documentación histórica, puesto que no heredan ni establecen relaciones ni son los protagonistas de grandes hazañas que puedan pasar a la historia. Otro de sus grandes obstáculos es que para la historiografía tradicional, la muchedumbre ha sido un fenómeno muy olvidado y, además, los escasos trabajos que se dedicaron a su estudio están llenos de estereotipos de los que es necesario huir.

La gran mayoría están llenos de etiquetas abstractas como «turba» o «populacho» que no permiten distinguir a todos sus integrantes. El uso de estas etiquetas nació ya en el mismo momento en que los disturbios se produjeron. Lupercio de Argensola, por ejemplo, se refiere a los estratos populares que participan en la rebelión aragonesa de 1591 como «vulgo alborotado y ciego». No obstante, fue llevado a su cota más álgida por personajes como Edmund Burke (1729-1797) o Hippolyte Taine (1828-1893), quienes no dudaron en calificar a los estratos inferiores participantes en los disturbios como «cochina multitud» o «hez de la sociedad».

Los autores que se decantan por este enfoque consideran a este «populacho» como un instrumento pasivo de agentes exteriores, impulsado no por motivos honorables propios sino únicamente por motivos de pillaje, lucro, robo de bebidas, lujuria o la mera necesidad de satisfacer ciertos instintos criminales.

Sin embargo, además de esta visión tan peyorativa, existe otra mucho más positiva para referirse a la muchedumbre de los disturbios populares en las sociedades del Antiguo Régimen: el enfoque que la presenta como «el pueblo» y no como «el populacho». El gran defensor de este enfoque fue el historiador francés Jules Michelet (1798-1874).

Existe una gran diferencia entre ambos enfoques, pero los dos tienen un elemento en común: «son estereotipos que presentan a la muchedumbre como una descarnada abstracción y no como un conjunto de hombres y mujeres de carne y hueso»³.

El presente trabajo pretende huir de estas etiquetas que presentan a la multitud como un fenómeno abstracto, sin cara y sin identidad, pero no de la multitud a lo largo de la historia sino de un período determinado dentro de un espacio limitado: los grandes conflictos socio-políticos en la monarquía hispánica del siglo XVI. Para llevar a cabo este ejercicio de delimitación se ha tenido que recurrir a una bibliografía específica sobre cada uno de estos conflictos y poder así conocerlos en profundidad.

1.1. Comunidades de Castilla

Existen pocos temas que susciten mayor polémica que el de las Comunidades de Castilla dentro del panorama historiográfico español. Causas objetivas y prejuicios interesados han contribuido a levantar, en torno al mismo, una gran polvareda historiográfica⁴.

Ya en los propios autores del siglo XVI se presentan varias causas que pudieron conducir a la rebelión de los comuneros, es decir, no se observa una explicación única. La historiografía del siglo XX ha analizado estas obras y ha diferenciado cuatro puntos de vista distintos a la hora de interpretar las Comunidades por parte de sus coetáneos. Por lo tanto, las cuatro interpretaciones que se recogen en las siguientes líneas no las establecieron los autores que escribieron en el siglo XVI, sino que responden a una división marcada en la actualidad a partir de la lectura de sus obras⁵:

- movimiento limitador del poder real: el objetivo de los comuneros sería defender el mundo institucional castellano ante la llegada del joven Carlos. Para corregir tal situación es necesario hacer entrar al monarca en un juego pactista que serviría para limitar su poder. La mayoría de autores que escribieron al respecto

³ *Ibidem*, p. 17.

⁴ JEREZ CALDERÓN, J.I., *Pensamiento político y reforma institucional durante la guerra de las Comunidades de Castilla (1520-1521)*, Marcial Pons, Madrid, 2007, p. 29.

⁵ En concreto, la división que aquí se plantea aparece establecida en GUTIÉRREZ NIETO, J.I., *Las Comunidades como movimiento antiseñorial*, Planeta, Barcelona, 1973.

consideran que sí hubo ciertas extralimitaciones por parte del monarca, por lo que las pretensiones comuneras quedaban justificadas. Sin embargo, ponen en cuestión la forma en la que se llevó la reclamación, puesto que todo atentado contra la dignidad real carecía de fundamentos justificativos al ser un ataque contra el propio Dios, cuya voluntad hace a los reyes. Vieron en la derrota de Villalar un claro ejemplo de las funestas consecuencias que acarrearía cualquier rebelión contra la corona.

- movimiento antifiscal: el malestar fiscal sentido en Castilla fue una de las principales causas de la rebelión. Los comuneros pretendían derogar el servicio votado en las Cortes de La Coruña, modificar el modo de percepción de la alcabala e incluso reformar la distribución social de las cargas tributarias.
- movimiento nacionalista: una de las causas de la rebelión fue el sentimiento castellano herido, ofendido tras la llegada de los acompañantes que trajo consigo Carlos V, que fueron colocados en los principales puestos de la administración en detrimento de los castellanos. Además, hay un gran malestar ante un rey inaccesible, pues desconoce la lengua, menosprecia las costumbres castellanas y pretende subordinar los intereses de Castilla bajo los del Imperio.
- movimiento antiseñorial: «la historiografía quincecentista ha señalado el carácter nacionalista y antifiscal de la rebelión y su conversión en un movimiento pactista que garantice un futuro en el que se respete la ley. Junto a ello, sin duda, la vertiente de mayor interés que igualmente va a resaltar es el giro antinobiliario y antiseñorial»⁶. Por ejemplo, Pedro Mexía, quien escribió una de las más famosas relaciones sobre las Comunidades, mantiene que «el movimiento sería de entraña popular, lo que hizo que señaladamente en la gente popular de algunas ciudades de Castilla creciera sin parar el atrevimiento, dándose paso a auténticos tiranos populares»⁷.

A partir de las relaciones que dejaron los autores del siglo XVI sobre las Comunidades, los historiadores del siglo XX han extraído diferentes conclusiones sobre

⁶ *Ibidem*, p. 35.

⁷ *Ibidem*, p. 37.

el movimiento comunero, llegando a ser incluso contrapuestas en muchas ocasiones. Se ha generado así un marco explicativo caracterizado por la heterogeneidad, cuyas principales interpretaciones van a ser expuestas en las siguientes líneas⁸.

Hasta el momento, una de las tesis más importantes es la elaborada por José Antonio Maravall, quien ha tratado esta cuestión en numerosas ocasiones. Identifica las demandas de los comuneros con un intento de sustitución de la democracia corporativa medieval por fórmulas de representación ciudadana de alcance protonacional. Por lo tanto, ve en los comuneros unos visionarios del moderno estado de derecho en su forma parlamentaria y califica su rebelión como «la primera revolución moderna».

Por el contrario, Julio Valdeón ve en las Comunidades más componentes medievales que modernos, ya que deben encuadrarse en el conjunto de las transformaciones que se produjeron en el reino castellano-leonés en los siglos XIV y XV. Es precisamente la conflictividad desarrollada en estos siglos bajomedievales, marcada por la expansión incontenible de la nobleza feudal, la que acaba estallando en las Comunidades, momento en que a esta tensión social heredada se suman las propias motivaciones específicas del momento.

Visión bastante similar es la planteada por Benjamín González Alonso al presentar las Comunidades como algo poco novedoso. Conclusión a la que llega tras comparar la propuesta que los comuneros envían al monarca, tras su aprobación en la Junta de Tordesillas en octubre de 1520, con la sentencia arbitral pronunciada por los representantes de los grandes en 1465, poco antes de que se consume su ruptura con el rey Enrique IV. Dicha comparación le permite observar «la escasa originalidad de los capítulos de la Junta de Tordesillas, ya que se desenvuelven, por lo general, dentro de los cauces del derecho castellano tradicional, desembocando en fórmulas muy similares

⁸ Hay que tener en cuenta, a la hora de ver las distintas interpretaciones planteadas, la idea tantas veces repetida que presenta al historiador como hijo de su propio tiempo. Por eso es muy importante conocer las fechas en las que las nueve visiones que se proponen a continuación salieron a la luz, ya que entre algunas de ellas hay casi treinta años de diferencia. J.A. Maravall, J. Pérez y J.I. Gutiérrez Nieto fueron los pioneros y ya en la década de los 70 publicaron sus respectivas monografías sobre las Comunidades; en la década siguiente abordaron el tema S. Haliczer, B. González Alonso y J. Valdeón; P. Fernández Albaladejo publicó *Fragmentos de Monarquía* a principio de los 90; mucho más recientes son los estudios de J. Lynch y P. Sánchez León, cuyas obras ya son de finales del XX.

a las ofrecidas anteriormente por la nobleza castellana»⁹. De este modo, los capítulos de 1520 no permiten atribuir un carácter revolucionario a las Comunidades ni ver en ellos concepciones políticas inéditas equiparables al constitucionalismo del siglo XIX.

Tampoco les atribuye un carácter revolucionario Pablo Fernández Albaladejo, ya que considera que «en un universo político en el que el derecho era el soberano, las Comunidades no pretendían sino mantener la parte que de ese derecho les venía siendo hasta entonces reconocido»¹⁰.

Ya en otra línea interpretativa, una de las aportaciones más destacadas es la de Stephen Haliczer, quien encuentra las causas del conflicto en los crecientes desajustes del entramado institucional de la monarquía, ocupado por la vieja aristocracia, a la hora de filtrar las demandas de una dinámica sociedad urbana en proceso de cambio estructural. Dentro de esta corriente se debe incluir también a John Lynch, defensor de las Comunidades como un intento por acabar con los privilegios de la alta nobleza más que un conflicto entre ciudades y rey.

Por otra parte, Juan Ignacio Gutiérrez Nieto presenta el levantamiento comunero como un movimiento antiseñorial. Sin embargo, según Pablo Sánchez León, este es más bien un aspecto secundario del conflicto y no su causa principal. «Lo cierto es que el cuestionamiento de la autoridad señorial durante las Comunidades quedó circunscrito solamente a zonas situadas al norte del Duero, en las que el señorío colectivo concejil estaba menos desarrollado y el orden absolutista no había terminado de imponer su planta institucional»¹¹.

Joseph Pérez es partidario de una teoría multicausal a la hora de explicar las motivaciones que condujeron a diferentes sectores de la sociedad a participar en la rebelión: abuso de los grandes, autoritarismo regio, agitación antifiscal y heterogeneidad en la burguesía urbana (determinante durante la evolución del conflicto). En una línea bastante similar se mantiene Pablo Sánchez León, quien

⁹ GONZÁLEZ ALONSO, B., *Sobre el Estado y la Administración de la Corona de Castilla en el Antiguo Régimen*, Siglo XXI, Madrid, 1981, pp. 52-53.

¹⁰ FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P., *Fragmentos de monarquía*, Alianza, Madrid, 1992, p. 55.

¹¹ SÁNCHEZ LEÓN, P., *Absolutismo y comunidad. Los orígenes sociales de la guerra de los comuneros de Castilla*, Siglo XXI, Madrid, 1998, p. 227.

también apunta a una participación de diferentes sectores sociales cada uno de ellos por motivos variados. Por lo tanto, presenta las Comunidades como consecuencia de un escenario idóneo, provocado por el avance del absolutismo en Castilla, en el que se pueden unir las demandas de diversos sectores sociales hasta ese momento antagónicos.

Interpretaciones como estas últimas, que apuntan hacia una teoría multicausal a la hora de explicar la participación de diferentes sectores y estamentos en un mismo levantamiento, son las que más se ajustan a la realidad, ya que «los principales levantamientos de la Europa moderna representaban una combinación de sublevaciones, animadas por distintos ideales y reflejo de las aspiraciones de distintos grupos»¹².

1.2. Germanías de Valencia

Las Germanías de Valencia, en comparación con la rebelión aragonesa de 1591 y, sobre todo, con las Comunidades de Castilla, han recibido una escasa atención. Sirva como muestra la siguiente frase, que recoge con gran acierto el estado actual de las investigaciones dedicadas al conflicto agermanado:

La virginidad historiográfica, científicamente hablando, del tema de las Germanías, después de cuatro siglos de alusiones, invocaciones de la revolución agermanada como un ejemplo clarificador y algún estudio monográfico disperso, es indiscutible¹³.

Una posible explicación a esta situación es que las Comunidades, una revuelta casi coincidente cronológicamente, siempre ha recibido un mayor interés por parte de los historiadores. Como resultado, «absorberán todos los focos de atención historiográfica y se diluirán las miradas hacia las Germanías, que acaban convertidas en una revuelta localista, menor, en definitiva»¹⁴. Este silenciamiento comenzó ya en el siglo XVI, momento en que los cronistas centran sus miradas en la revuelta de los comuneros.

¹² ELLIOTT, J.H., «Revolución y continuidad en la Europa Moderna», en *España y su mundo (1500-1700)*, Alianza, Madrid, 1991, p. 133.

¹³ GARCÍA CÁRCCEL, R. y CÍSCAR PALLARÉS, E., *Moriscos y agermanats*, L' Estel, Valencia, 1974, p. 45. A pesar de ser una publicación de 1974, el estado actual no es mucho más alentador. Todavía hoy sigue siendo la obra de referencia el estudio llevado a cabo en 1981 por R. García Cárcel, *Las Germanías de Valencia*, Península, Barcelona, 1981.

¹⁴ GARCÍA CÁRCCEL, R., «Comunidades y Germanías. Algunas reflexiones», en MARTÍNEZ GIL, F. (Coord.), *En torno a las Comunidades de Castilla. Actas del congreso internacional «Poder, conflicto y*

Al llegar el siglo XIX, la jerarquía de las Comunidades respecto a las Germanías se pone bien en evidencia. El romanticismo liberal exaltó a Padilla, a los comuneros, a Lanuza y a los fueristas aragoneses mientras olvidaba a los agermanados. Incluso los románticos catalanes liberales se sensibilizaron enormemente con los héroes comuneros sin acordarse de sus vecinos valencianos. La entrada de estos en la galería mitológica se produce después de la muerte de Fernando VII, sobre todo desde 1840 con el pronunciamiento de Espartero.

Se produce entonces una mitificación romántica de la revuelta que tuvo lógicas consecuencias sobre la historiografía de la época, convirtiendo a la revuelta agermanada en un ejemplo de revuelta liberal.

La reacción de la «historiografía de la Restauración» no se hizo esperar y pronto, historiadores como Manuel Danvila y Collado, escribieron obras en las que devaluaron el mítico progresismo de los agermanados, tratándolos de criminales sin conciencia. A pesar de su intento, no consiguieron derribar el mito liberal atribuido a las Germanías, el cual llega prácticamente hasta la actualidad. En gran medida, gracias al interés que despertó la revuelta agermanada en las primeras décadas del siglo XX entre dos corrientes: la de la Renaixença valenciana, que convierte a las Germanías en mercancía folclórica, y la del anarquismo político, que sublimó los supuestos valores del mítico pueblo frente a la tiranía y que utilizó el referente de las Germanías como símbolo de la revolución.

Por este motivo, es bien evidente la necesidad de superar los abundantes tópicos que sobre la revuelta agermanada han proliferado. Con este cometido surgieron las obras de dos autores que, desde mi punto de vista, son las grandes referencias para conocer tanto el desarrollo y los protagonistas de las Germanías como los objetivos de los rebeldes: Eulàlia Duran y Ricardo García Cárcel. Todavía hoy, casi cuarenta años después de que estas obras salieran a la luz, sus aportaciones no han sido superadas y sus conclusiones no han sido cuestionadas.

1.3. Rebelión aragonesa de 1591

El conflicto desarrollado en Aragón entre 1591 y 1592, identificado habitualmente bajo el término «alteraciones», es un episodio que ha recibido la atención de un gran número de autores desde el momento en que se produjo¹⁵. La abundante literatura sobre el tema puede dividirse en tres etapas¹⁶:

- 1591-1630: entre estos años fueron constantes las referencias a lo ocurrido en Aragón. Analizando todo el corpus documental resultante, se pueden distinguir dos líneas argumentales diferenciadas. Por un lado la visión antiaragonesa, siendo el *Tratado* de Antonio de Herrera la obra capital dentro de esta corriente; por otro, una visión apologética desarrollada por autores aragoneses que será tratada con mayor detalle en las páginas del trabajo dedicadas a esta rebelión. Tanto una como otra tienen el mismo problema: el marcado sesgo que toman todos estos discursos dependiendo de la filiación de quienes los escribieron.
- 1808-1936: acabado el siglo XVII y derogados los fueros de Aragón en 1707, la historiografía apenas prestó atención al conflicto. Sin embargo, el siglo XIX fue el de mayor apogeo en cuanto a las referencias a la rebelión de Aragón. Junto a las Comunidades, se convirtieron en auténticos mitos liberales; por lo que Padilla y los comuneros y Lanuza y los fueristas aragoneses supusieron un objeto de culto para los liberales del XIX. Fue justo en este período cuando surgió la *Historia de las alteraciones de Aragón* del marqués de Pidal, quien mantiene una visión aristocrática del conflicto. Considera a la rebelión aragonesa de 1591 como un levantamiento de un grupo de nobles en defensa de unos privilegios que les permitían ejercer un dominio despótico sobre sus vasallos. Esta tesis fue reafirmada un siglo después por Gregorio Marañón y continúa vigente hasta la actualidad.

¹⁵ Partiendo de los estudios de Jesús Gascón Pérez, uno de los autores que más ha trabajado el conflicto aragonés de 1591, se va a utilizar en todo momento el término «rebelión» para identificarlo. El concepto de «alteraciones» es el que más repercusión ha tenido hasta la fecha, pero hoy en día ya no tiene ninguna utilidad, pues lo cierto es que poco o nada dice sobre las características del levantamiento y más bien contribuye a devaluar lo ocurrido. Parece mucho más adecuado hablar de «rebelión» para identificar un conflicto donde se llegó a poner en cuestión la legitimidad del ejercicio del poder absoluto por el monarca.

¹⁶ Esta división se ha hecho a partir de la obra GASCÓN PÉREZ, J., *Aragón en la monarquía de Felipe II. Historia y oposición política*, Rolde de Estudios Aragoneses, Zaragoza, 2007.

- 1970-1991: a raíz del estallido autonomista y el desarrollo del regionalismo aragonés, se recuperó el interés por los estudios sobre Aragón. De este modo, la rebelión aragonesa de 1591 vuelve a cobrar importancia en diferentes investigaciones. Sin embargo, están caracterizadas por un tono exaltado que recuerda, por momentos, a las posturas progresistas del siglo XIX.

Lo expuesto hasta aquí confirma que en la historiografía sobre 1591 perviven muchas lagunas y una serie de limitaciones heredadas de las tesis del marqués de Pidal que ha llegado el momento de superar. Con este cometido han aparecido en los últimos años las obras de Jesús Gascón Pérez, cuyas aportaciones han sido de gran valor para el presente trabajo ya que buena parte de ellas están dedicadas a aspectos que resultan primordiales en su elaboración. Tal es el caso de la composición social o el trasfondo ideológico del conflicto.

2. Participación popular en las Comunidades de Castilla (1520-1522): la búsqueda del bien común

El 18 de septiembre de 1517, cuando la flota de 40 barcos que transportaba al joven Carlos y a su corte borgoñona a España echó anclas ante la costa de Asturias, la población local huyó a las montañas armadas con palos y cuchillos para regresar sólo cuando se les informó que quien había llegado no era un enemigo sino su rey¹⁷.

Esta anécdota iba a ser un presagio de lo que le esperaba a Carlos V en su nuevo reino, donde los primeros años de su gobierno iban a tener difíciles obstáculos, algunos de ellos heredados del reinado de los Reyes Católicos. Sin duda, el de mayor gravedad y repercusión es el conocido como las Comunidades de Castilla, desarrollado entre 1520 y 1522: momento en que, en muchas ciudades, las manifestaciones populares contra la presión fiscal se sumaron a otros conflictos latentes hasta provocar una revuelta de amplios sectores sociales. Es momento de conocer a los protagonistas de dichas manifestaciones populares.

2.1. Caras en la multitud: la base social de las Comunidades

La base social del movimiento la compondrían artesanos, dejando a la enorme masa de campesinos al margen del conflicto en general¹⁸. Muestra de ello es que de las 7.715 personas que fueron castigadas en Segovia por participar en la revuelta, más de un 71,5% pertenecían al sector del artesanado y de los servicios¹⁹.

Esta masa popular que se encuentra en la base del movimiento constituye el grupo más complicado de analizar, tanto en las Comunidades como en el resto de rebeliones, ya que el rastro de los humildes es casi imposible de seguir²⁰. A pesar de esta dificultad,

¹⁷ LYNCH, J., *Carlos V y su tiempo*, Crítica, Barcelona, 2000, p. 25.

¹⁸ La rebelión nació, se desarrolló y murió en las ciudades, aunque el campo también aprovechó las circunstancias para tratar de sacudir en varios puntos el yugo señorial. Sin embargo, como ya se ha mencionado, fue algo secundario y reducido a zonas concretas.

¹⁹ LYNCH, J., *Carlos V y su tiempo... Op. cit.*, p. 36.

²⁰ «A pesar de todo, más o menos desfavorable a los rebeldes, las fuentes narrativas y judiciales, nunca emanan verdaderamente de ellos, ni revelan sus esperanzas profundas, sus planes, sus aspiraciones. Algo lógico, pues al ser la mayoría iletrados es difícil que dejaran huellas de sus pensamientos». MOLLAT, M. y

sí se puede comprobar el hecho de que todos los oficios aparecen citados en los documentos que se refieren a personajes señalados en la rebelión: tenderos, mesoneros, armeros, plateros, joyeros, azabacheros, cuchilleros, herreros, fundidores, horneros, aceiteros, carniceros, especieros, salineros, cereros, pellejeros, sombrereros, tundidores, lanceros, cordoneros, calceteros, boneteros, guarnicioneros, zapateros, sastres, barberos, silleros, carpinteros, entalladores, servilleros, etc.

Para conocer esta información resulta clave la lista de los 293 exceptuados del perdón general de 1522, puesto que refleja claramente la fisonomía de la revuelta de las Comunidades al recoger a las personas más representativas de la rebelión junto al oficio que desempeñaban. Para su consulta se ha acudido a la obra de Enrique Berzal de la Rosa *Los Comuneros. De la realidad al mito*, Sílex, Madrid, 2008, ya que aparece publicado entre las páginas 169-180.

Los líderes populares también aparecen dentro de estos mismos oficios. Es el caso del tundidor Bobadilla, portavoz popular de la indignación que levantó el incendio de Medina del Campo; el tundidor Pinillos, quien habría tomado las riendas de la Junta de Ávila; el carpintero Pedro de Coca, el albañil Diego de Medina y el albardero «Gigante Buñuelero», cabecillas populares en Guadalajara; el latonero Diego López, el maestro Quiles, mallero, cabecillas populares en Toledo²¹. Como se explicará con más detalle en la parte dedicada a los líderes populares de la rebelión de Aragón de 1591, no hay que ver en ellos unos verdaderos dirigentes de las Comunidades sino, más bien, ejercieron un papel de intermediarios entre el pueblo y los estratos más elevados de la sociedad, verdaderos encargados de controlar la rebelión, tal y como se demostrará más adelante.

Los hasta ahora descritos, formarían lo que el burgalés Maldonado, coetáneo de las Comunidades, denominó «la confusa multitud del pueblo»²². Precisamente el presente apartado ha tratado de que esa multitud no sea tan confusa.

WOLFF, P., *Uñas azules, Jacques y Ciompi. Las revoluciones populares en Europa en los siglos XIV y XV*, Siglo XXI, Madrid, 1979, p. 10.

²¹ MARTÍNEZ GIL, F., «Furia popular. La participación de las multitudes urbanas en las Comunidades de Castilla», en MARTÍNEZ GIL, F. (Coord.), *En torno a las Comunidades de Castilla...Op. cit.*, p. 331.

²² BERZAL DE LA ROSA, E., *Los Comuneros...Op. cit.*, p. 182.

Conocidos los protagonistas, las siguientes páginas se centran en analizar las posibles motivaciones que les llevaron a participar en la revuelta comunera.

2.2. Motivaciones populares

Recuperación de la representación del común en los sistemas de gobierno municipales

Durante las Comunidades, los rebeldes abolieron el sistema de regimiento en aquellas ciudades donde había triunfado el levantamiento, implantando una organización municipal más acorde con los propios principios de la representación electiva²³. Como resultado, en muchas de las ciudades que apoyaron el levantamiento, el corregidor y los regidores serían relegados de sus cargos, mientras los rebeldes tomaron el control del gobierno municipal a través de las juntas locales, cuyos miembros eran elegidos directamente por los propios vecinos de la comunidad.

Concretamente, en las parroquias o barrios de las comunidades sublevadas hubo reuniones de vecinos que, previa votación, elegían a sus representantes. Estas asambleas parroquiales, denominadas «cuadrillas», designaban a sus propios diputados, que, junto a los nombrados en las otras parroquias, pasaban a formar parte de una junta comunera local que desde ese momento comenzaba a ejercer las funciones hasta entonces desempeñadas por el regimiento ciudadano²⁴.

Este intento de transformación de la organización municipal pone de manifiesto lo influyentes que eran todavía en Castilla aquellas doctrinas políticas medievales que traían causa del principio *quod omnes tangit, ab omnibus debet approbari* (lo que a

²³ Los regimientos, implantados por Alfonso XI en el siglo XIV, eran instituciones cerradas y oligárquicas que controlaban todos los resortes del poder en el seno de las comunidades urbanas. Habían sustituido al concejo abierto, pasándose así de un régimen de gobierno local en el que todos los vecinos expresaban su parecer a uno en el que un número de personas reducido ejercía la gobernación en nombre de todos los vecinos. A la llegada de los Reyes Católicos, el predominio del modelo social aristocrático todavía se acentuó más, limitando a un 5% de la población total la participación en el poder político.

²⁴ JEREZ CALDERÓN, J.I., *Pensamiento político y reforma institucional... Op. cit.*, p. 202. Esta idea de que las Comunidades pretendieron acabar con los regimientos propiciando la reforma del gobierno municipal en un sentido abiertamente participativo se puede observar en otros autores. Tal es el caso de FORTEA PÉREZ, J.I., «Los abusos de poder: el común y el gobierno de las ciudades de Castilla tras la rebelión de la Comunidades», en FORTEA, J.I., GELABERT, J.E. y MANTECÓN, T.A., *Furor et rabies, Violencia, conflicto y marginación en la Edad Moderna*, Universidad de Cantabria, Santander, 2002, pp. 183-218; o PÉREZ, J., *Los comuneros*, La Esfera, Madrid, 2001, p. 222.

todos afecta, por todos debe ser aprobado)²⁵. Muestra de ellos es que a los regidores se les acusaba, precisamente, de pretender más la satisfacción de intereses particulares que la consecución del bien común²⁶. Y es que es muy importante tener en cuenta este concepto para entender la participación de los estratos más bajos de la sociedad en las Comunidades de Castilla.

El «bien común» es un concepto que surge en la Edad Media y adquiere legitimidad política en el umbral del período moderno para hacer referencia al principio que estructura la vida comunal. Tal como se emplea en las fuentes jurídicas y económicas de los siglos XIV-XVI, carece de cualquier formulación teórica explícita. Sin embargo, en la práctica comporta una teoría política inmanente²⁷. Su contenido se desarrolla a través de ordenanzas, obligaciones, prohibiciones, mandatos y estatutos. Todo ello emanado, bien de los campesinos y de los ciudadanos de los territorios (es un concepto desarrollado tanto en el campo como en la ciudad), o bien de los representantes elegidos por ellos²⁸.

Así, el pueblo tenía una concepción ascendente de la soberanía, es decir, el poder residía en la comunidad vecinal, que lo delegaba en personas o instituciones por razones de eficacia. Este comunitarismo popular no sólo exigía gobiernos municipales sin otro objetivo que proteger los intereses colectivos; también imponía el precepto de la representatividad. Los oficiales, por lo tanto, debían ser designados y controlados por el pueblo²⁹.

²⁵ JEREZ CALDERÓN, J.I., *Pensamiento político y reforma institucional...Op. cit.*, p. 202.

²⁶ FORTEA PÉREZ, J.I., «Los abusos de poder: el común»...*Op. cit.*, p. 184.

²⁷ Como afirma T.A. Mantecón Movellán: «el comunismo generaba sus propios valores éticos y acuñaba una noción de bien común que definía como fruto de la convivencia de cada día y se fortalecía por razón de costumbre. De acuerdo con esos valores se definían las desviaciones y anomalías. Para ello, la cultura popular se dotó de un léxico propio que denunciaba estas anomalías («excesos», «tropelías», «infidelidades», «usurpaciones», «tiranías», etc.) y de unos mecanismos para hacerles frente e intentar corregirlas, manifestadas de diversas formas: insulto, agresión, homicidio, alboroto, tumulto, motín, sedición o incluso revolución». MANTECÓN MOVELLÁN, T.A., «Formas de disciplinamiento social, perspectivas históricas», *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, vol. 14, n.º 2 (2010), p. 289.

²⁸ BLICKLE, P., «El principio del “bien común” como norma para la actividad política. La aportación de campesinos y burgueses al desarrollo del Estado moderno temprano en Europa central», *Edad Media: revista de historia*, n.º1 (1998), p. 41.

²⁹ LORENZO CADARSO, P.L., *Los conflictos populares en Castilla (siglos XVI-XVII)*, Siglo XXI, Madrid, 1996, p. 111.

Precisamente la recuperación de este principio buscan los estratos populares que forman parte del bando comunero, ya que reivindican el derecho a una participación política que ha ido disminuyendo a medida que avanzaba la Edad Moderna³⁰.

Establecimiento de una nueva política económica

En las demandas populares se advierte también una vertiente económico-social que reclama una reducción de la carga fiscal. De hecho, una buena parte de los capítulos comuneros estaban dedicados a proponer medidas de reforma en el ámbito hacendístico y económico que pusieran orden en la difícil situación financiera del reino de Castilla. Con sus peticiones de carácter fiscal y económico perseguían un doble objetivo: el saneamiento de la hacienda real y la disminución de la presión impositiva sobre el pueblo castellano³¹.

Como ejemplo, una de sus reclamaciones fue la supresión del salario percibido por las mujeres y los hijos de los cortesanos que no servían en la Casa Real. Es decir, los comuneros anhelaban una drástica reducción de los gastos de la Casa y Corte. Un problema que ya se venía dando durante los últimos años del reinado de Isabel y Fernando pero que se incrementó con la llegada de su nieto Carlos, con quien el despilfarro y el excesivo lujo cortesano se apoderaron de la vida palatina³².

Evidentemente, la autoría intelectual de los capítulos comuneros no recae en la gente del común, debido a la complejidad de los problemas abordados y la dificultad de su correcto tratamiento. Sin embargo, ello no quiere decir que los estratos populares vivieran al margen y no tuvieran constancia de este tipo de medidas. Más bien ocurre el caso contrario, ya que es lógico que los sectores más desfavorecidos se sintieran

³⁰ De esta forma, «no es la destrucción del poder monárquico lo que se persigue; no es el ejercicio de la potestad legislativa por el rey lo que se deniega. De lo que se trata es de recabar el derecho a participar en las decisiones y de neutralizar la propensión al absolutismo». ELLIOTT, J.H., «Revueltas en la monarquía española», en FORSTER, R. y GREENE, J.P. (Ed.), *Revoluciones y rebeliones de la Europa moderna*, Alianza, Madrid, 1989, p. 34. Por lo tanto, los comuneros nunca violaron la fe jurada al monarca; se levantan en pro del monarca y en contra de sus malos consejeros. Un tipo de revuelta que Fritz Kern denominó «sublevación por el príncipe contra el príncipe». SUÁREZ VARELA, A., «Celotismo comunal. La máxima política del procomún en la Revuelta Comunera», *Tiempos Modernos*, n.º 15 (2007), p. 13. Sentencia aplicable a las dos rebeliones que se analizan más adelante.

³¹ JEREZ CALDERÓN, J.I., *Pensamiento político y reforma institucional...Op. cit.*, p. 430.

³² J.H. Elliott describe a la perfección las quejas constantes del pueblo castellano sobre lo que él denomina «la rapacidad flamenca». ELLIOTT, J.H., *La España Imperial, 1469-1716*, Vicens Vives, Barcelona, 1998, p. 152.

atraídos por propuestas de este calado, puesto que eran gastos que repercutían directamente sobre ellos.

Además, no se debe olvidar que Castilla no veía con buenos ojos que su monarca se convirtiera en emperador. En primer lugar porque lo que deseaban los castellanos era un monarca propio y no un emperador extranjero. Al mismo tiempo suponía un gran aumento de los impuestos para cubrir su coronación, ya que Carlos V tuvo que gastar un millón de florines de oro en su elección para que los electores tuvieran no sólo razones políticas sino también económicas para elegirle. Este es un motivo más de descontento que fomentó también la participación de los sectores populares, ya que sobre ellos recaía dicho aumento impositivo.

Profecías y teorías milenaristas

Las profecías y teorías milenaristas pasaron de boca en boca e hicieron subir la temperatura de la exaltación popular. Hay que tener en cuenta que a la altura de 1520 estaba muy extendida la creencia en la proximidad del fin del mundo, la esperanza mesiánica y la influencia de lo maravilloso en la vida cotidiana. No es de extrañar, por lo tanto, la presencia del componente milenarista dentro del movimiento comunero. Un aspecto que refleja muy bien dicha presencia es el carácter mesiánico que se atribuye a los dirigentes del movimiento: Bravo, Padilla, el obispo Acuña, gozan de un fervor popular sólo comparable al de santos y profetas.

Además, el clero también jugó un papel importante dentro de las Comunidades, en concreto desempeñaron un rol destacado los frailes y sacerdotes con sus sermones, en los que hacían uso de la predicación popular para conmover a las masas³³.

Es importante no pasar por alto este componente milenarista a la hora de analizar la participación popular en el movimiento comunero, pero no debe caerse en el error de sobredimensionarlo y analizar las Comunidades en clave de herejía. Tampoco se pueden simplificar las motivaciones populares a simples consecuencias de la tan extendida

³³ Hay que añadir, por tanto, un buen número de religiosos a las masas populares, sobre todo pertenecientes al bajo clero. Sin embargo, no puede hablarse de una adscripción única, ya que hubo también miembros del clero que se opusieron a los comuneros.

esperanza mesiánica. Como se ha demostrado, hay mucho más que un factor religioso o milenarista detrás de la participación popular en las Comunidades.

Estas fueron las posibles causas que condujeron al pueblo a participar en la revuelta comunera, pero ¿qué papel ocuparon dentro de ella?

2.3. Papel del pueblo dentro de la rebelión

En una sociedad como la del Antiguo Régimen, vinculada verticalmente por poderosos lazos de parentesco y clientelaje, existe una jerarquización de estratos evidente; la cual se plasma de igual modo en la gran mayoría de rebeliones, donde cada uno de estos estratos va a desempeñar un papel diferente³⁴.

Por este motivo, la dirección del movimiento recayó sobre la pequeña nobleza, el patriciado urbano y sobre los profesionales liberales que integraban parte del bando comunero. La participación popular, que componía la amplia base social del levantamiento, evidentemente fue un factor clave en el desarrollo de las Comunidades, pero nunca va a aparecer el pueblo como organizador de la rebelión. La propia estructura de la sociedad del Antiguo Régimen lo hacía inviable, «ya que, salvo rara excepción, solían ser los nobles quienes aparecían como los dirigentes naturales de las sociedades modernas y cuyo prestigio, por lo tanto, jugaba un papel de primer orden a la hora de atraer a los súbditos a una resistencia contra los reyes investidos por derecho divino»³⁵.

Por lo tanto, la participación popular habría que entenderla como una fuerza de choque, como una masa de maniobra bajo el liderazgo de los estamentos dirigentes. Esto no quiere decir que lucharan únicamente guiados por la manipulación de sectores más elevados, puesto que ha quedado demostrado que participaron movidos por motivaciones propias.

³⁴ El término «clase», que ha tomado un sentido muy especial a partir de Karl Marx, no se adscribe a la realidad de la Edad Media ni de la Edad Moderna. Por lo tanto, no se puede hablar de «lucha de clases» para este período y es necesario buscar otro término para hacer referencia a los diferentes grupos sociales que compondrían la sociedad del momento. El más apropiado sería el de «estrato». FOURQUIN, G., *Los levantamientos populares en la Edad Media*, EDAF, Madrid, 1976, p. 73.

³⁵ ZAGORIN, P. *Revueltas y revoluciones en la Edad Moderna. Movimientos campesinos y urbanos*, Cátedra, Madrid, 1985, p. 92.

Sin embargo, conviene tener en cuenta, al igual que ocurrirá en las siguientes rebeliones analizadas, que las Comunidades no fueron un fenómeno compacto, por el contrario fueron evolucionando y sus protagonistas y objetivos se transforman³⁶. Como resultado, el papel del pueblo en la rebelión no siempre será el mismo, ya que muchos de sus líderes con mayor renombre abandonaron la causa cuando las cosas estaban llegando demasiado lejos y fueron los líderes auténticamente populares quienes alcanzaron una mayor autonomía. Se observa así un proceso de radicalización en el que los cabecillas populares van ganando peso progresivamente.

Así, «no fueron los populares los iniciadores de las actitudes rebeldes, sino los caballeros y regidores que, sin embargo, asustados por el primer impulso, recogieron velas y dejaron, ahora sí, abandonados a su suerte a los primeros»³⁷. Sin la presencia de los primeros el fracaso de la rebelión estaba prácticamente decidido, ya que

las sublevaciones puramente populares tal vez estaban condenadas al fracaso desde su comienzo; la cooperación y dirección de algún sector de la élite parece que hubiera sido una condición esencial para una posibilidad mínima de triunfo³⁸.

A lo largo del presente capítulo se ha puesto cara a esa base social compuesta de artesanos, principalmente, y campesinos que participó en las Comunidades junto a miembros de estratos superiores. Se observa así que dentro del bando comunero prima la heterogeneidad, tanto de protagonistas como de objetivos y motivaciones.

Precisamente a las motivaciones se ha dedicado el tercer apartado, poniendo de manifiesto que la multitud actuó convencida de que tenía legitimidad para hacerlo y persiguió objetivos que creía justos y realizables. Así, las Comunidades representan un episodio histórico en el que la violencia popular se manifiesta con gran intensidad, aunque no tan ciegamente como algunos han pretendido, ya que participaron con

³⁶ Tener en cuenta estas cuestiones (evolución de protagonistas, objetivos, mecanismos de actuación, etc.) es de gran trascendencia para cualquier estudio sobre las rebeliones y explican, en gran medida, que un mismo conflicto haya sido interpretado de formas contrapuestas tanto por los historiadores como por los testigos.

³⁷ MARTÍNEZ GIL, F., «Furia popular. La participación de las multitudes»...*Op. cit.*, p. 314.

³⁸ FORSTER, R. y GREENE, J.P., «Introducción», en FORSTER, R. y GREENE, J.P. (Ed.), *Revoluciones...Op. cit.*, p. 25.

aspiraciones propias dignas en las que prima un intento de recuperación de una tradición perdida en los hechos pero no en la memoria colectiva³⁹.

Por lo tanto, el pueblo del Antiguo Régimen poseía un conjunto de ideas políticas propias y de preceptos morales, forjados ya en la Edad Media, susceptibles de generar crítica social: la antipatía a las innovaciones, la defensa de las libertades tradicionales o la concepción mitificada del rey se convirtieron repetidas veces en demandas políticas y sociales concretas⁴⁰. Es importante tener en cuenta que este ideario popular no estaba elaborado intelectualmente, sino que era fruto de las experiencias históricas colectivas tras varios siglos de gobiernos municipales en los que la comunidad de vecinos había sido la depositaria de la mayor parte de las atribuciones políticas en la localidad⁴¹.

Su papel en la rebelión no siempre fue el mismo, ya que las Comunidades fueron sufriendo una progresiva transformación de protagonistas y objetivos. En lo que a la participación popular se refiere, se observa que la multitud inicialmente proporcionó la fuerza de choque a grupos sociales privilegiados para ir ganando en protagonismo a medida que la rebelión se iba radicalizando y los líderes iniciales optaban por alejarse.

³⁹ MARTÍNEZ GIL, F., «Furia popular. La participación de las multitudes»...*Op. cit.*, p. 364.

⁴⁰ LORENZO CADARSO, P.L., *Los conflictos populares*...*Op. cit.*, p. 95.

⁴¹ *Ibidem*, p. 110.

3. Las Germanías de Valencia (1519-1522)⁴²: una revuelta antiseñorial dirigida por el estamento popular

Los problemas se acumulaban para Carlos V, ya que de forma paralela al movimiento comunero tuvo que hacer frente a las Germanías de Valencia: una revuelta de carácter antiseñorial que debe su nombre a la hermandad (*germanía* en catalán) de los gremios de las ciudades litorales valencianas que obtuvieron del propio monarca permiso para armarse ante el ataque de corsarios⁴³. Las Germanías reivindicaron una mayor participación en el gobierno municipal por parte de los estamentos populares que generó, a su vez, una violenta protesta campesina ante las condiciones del régimen señorial sobre la tierra. De este modo, al igual que lo observado en las Comunidades, las protestas del campesinado se sumaron a las iniciadas en el mundo urbano. Se analiza ahora, con mayor detalle, a los integrantes de este bando rebelde.

3.1. Caras en la multitud: la base social de las Germanías

Al igual que ocurría dentro del bando comunero, o como se verá más adelante para el caso de los sublevados aragoneses de 1591, entre los agermanados predomina la heterogeneidad, es decir, no constituyeron un bloque homogéneo. Para conocer la extracción social de los sublevados resultan esenciales las relaciones de agermanados que aparecen en la obra de Ricardo García Cárcel *Las Germanías de Valencia*, concretamente entre las páginas 274 y 308. En ellas aparecen recogidas, entre otros muchos documentos, las listas de exceptuados del perdón general del virrey emitido el 21 de octubre de 1521 y del proclamado tan sólo diez días después.

⁴² Hay que tener en cuenta que la revuelta agermanada fue denominada por sus propios protagonistas, así como por los cronistas del siglo XVI (Miguel García, Luis de Quas, Martí de Viciania, etc.) en singular: «la Germanía». La pluralización del término es tardía, no generalizándose hasta el siglo XVIII. GARCÍA CÁRCEL, R. y BELENGUER CEBRIÁ, E., «Las Germanías», *Cuadernos de Historia* 16, n.º 48 (1985), p. 4.

⁴³ A pesar de ser prácticamente simultáneas en el tiempo, se observa una escasa o incluso nula colaboración entre ambas sublevaciones. Posiblemente se deba a que «los conceptos de comunidad vigentes en la España del Renacimiento reforzaban el sentido de pertenencia y obligación hacia lo local, pero contribuían poco a la asociación entre la ciudad y el reino y, con mayor razón, entre un reino y otro, diferentes en gobierno, cultura e historia». THOMPSON, I.A.A., «Castilla, España y la monarquía: la comunidad política, de la patria natural a la patria nacional», en KAGAN, R.L. y PARKER, G. (Eds.), *España, Europa y el mundo Atlántico*, Marcial Pons, Madrid, 2001, p. 181.

Ambos documentos arrojan una enorme luz sobre la cuestión aquí tratada, ya que como en el visto para las Comunidades, junto al nombre de cada uno de los exceptuados aparece su oficio. Entre ellos se observan: tejedores, como Guillem Sorolla; labradores, como Manjoli de Ruçafa; caldereros, como Geroni Bramon; velluteros, como Gonsalvo d'Arcos o Pedro Navarro; carniceros, como Joan Avila; picapedreros, como Rodrigo de Nava; sastres; pelaires⁴⁴...

En conclusión, los agermanados fueron, fundamentalmente, artesanos y labradores. Ambos adolecieron de una situación económica más bien precaria (sólo un 17% de los agermanados a los que se confiscaron bienes poseían propiedades por más de 5.000 sueldos), pero no hay que verlos, ni mucho menos, como mendigos o vagabundos. Como mantiene Christopher Hill:

Pícaros, vagabundos y pordioseros fueron meros desechos de la sociedad que ocasionaron un pánico considerable en los círculos dominantes durante el siglo XVI, pero nunca constituyeron una amenaza seria para el orden social. Tales hombres, casi por definición, carecían de motivaciones ideológicas; podían hurtar y robar, pero eran incapaces de ponerse de acuerdo con vistas a una rebelión. Presentaban un problema de seguridad, sólo eso⁴⁵.

Llama la atención que hubo muy pocos nobles entre las filas rebeldes en comparación con las Comunidades o, como se verá más adelante, con el caso de Aragón. Además, desempeñaron un papel secundario.

Vistos los protagonistas de la rebelión, hay que preguntarse ahora qué llevó a estos artesanos y campesinos a participar en ella.

⁴⁴ GARCÍA CÁRCEL, R., *Las Germanías de Valencia...Op. cit.*, pp. 274-276.

⁴⁵ HILL, C., *El mundo trastornado. El ideario popular extremista en la Revolución inglesa del siglo XVII*, Siglo XXI, Madrid, 1983, p. 29.

3.2. Motivaciones populares

Motivaciones económicas

Como ya se ha demostrado para el caso castellano, gran parte de la tensión que hace estallar el movimiento agermanado procede de la Edad Media⁴⁶. «El siglo XV valenciano, bajo el oropel de su expansión, esconde las miserias de un frustrado crecimiento, cuyas tensiones tenían que estallar decididamente en las Germanías»⁴⁷. Evidentemente, los motivos que la desencadenan no nacen de la noche a la mañana, pero no por ello se debe caer en el determinismo, al que puede inducir la frase anteriormente citada, y pensar que dicho estallido era inevitable.

Es cierto que el contradictorio marco económico valenciano, heredado desde el Medievo, precipitó el movimiento agermanado, pero no se puede pasar por alto que la insurrección no se hubiese iniciado si un último factor no hubiera soliviantado los ánimos del bajo pueblo: el agravamiento progresivo del desabastecimiento de trigo enervó totalmente a la ciudad de Valencia⁴⁸. Los ataques del hambre fueron cada vez más frecuentes a lo largo del reinado de Fernando el Católico. Frente a ellos, el municipio no sabe oponer más que gastos crecientes en compras de trigo que, paradójicamente, son cada vez menos cuantiosas e incapaces de atender a la creciente

⁴⁶ Esta situación ha conducido a un debate historiográfico: ¿son las Germanías una rebelión de tipo medieval o moderno? Eulàlia Duran ha desarrollado una teoría al respecto que, desde mi punto de vista, parece la más acertada. La autora defiende que ambos aspectos se encuentran en las Germanías. Medieval en el sentido de que muchos de los problemas planteados venían de lejos y la forma de solucionarlos también lo era: la mentalidad de sus protagonistas, tan impregnada de corrientes espiritualistas medievales así lo demuestra. Rebelión moderna, así mismo, en el sentido sociológico: un grupo social hasta entonces marginado lucha por invertir el orden estamental y gobernar en exclusiva. DURAN, E., «Aspectes ideològics de les Germanies», *Pedralbes. Revista d'Historia Moderna*, n.º 2 (1982), p. 67. Respuesta muy similar, en el sentido de que se observan ambos componentes, podría darse para el caso de las Comunidades, ya que también se ha generado el mismo debate, tal y como se ha demostrado en el estado de la cuestión sobre dicho conflicto.

⁴⁷ GARCÍA CÁRCCEL, R. y BELENGUER CEBRIÀ, E., «Las Germanías»... *Op. cit.*, p. 8.

⁴⁸ A la hora de analizar los motivos de una rebelión hay que tener en cuenta las «precondiciones»: las causas a largo plazo y subyacentes que crean una situación potencialmente explosiva; y los «precipitantes»: aquellos factores inmediatos e imprevistos que provocan el estallido, y pueden ser, esporádicos, personales y fortuitos. FORSTER, R. y GREENE, J.P., «Introducción»... *Op. cit.*, p.12. L. Stone, con un planteamiento muy similar, amplía esta división al afirmar que «parece lo más acertado desenmarañar la confusa madeja de la crisis en marcha paso a paso, examinando primero las precondiciones a largo plazo; después, los precipitantes a plazo medio, y por último, el disparador a corto plazo». STONE, L., «La Revolución Inglesa», en FORSTER, R. y GREENE, J.P. (Ed.), *Revoluciones y rebeliones*... *Op. cit.*, p. 67-121.

población de una urbe cada vez más hacinada. La incidencia de la peste y el ataque de los piratas musulmanes que pululaban por sus costas, acabarían por desquiciarla.

Integración en el poder municipal

No obstante, el movimiento agermanado no responde únicamente a una motivación de índole económica; entre las principales reivindicaciones de los agermanados está también la participación en el poder municipal. Muestra de ello es el programa reivindicativo que Juan Llorenç comunica, según Martí de Vicianà, a Guillem Sorolla:

Suplicar...por la reparación de la justicia y por los agravios que tenemos y que procurassemos haver de su Magestad algunas libertades, como que fuessemos admitidos al regimiento de la ciudad y administración d'ella y de la justicia, y d'esta manera sabríamos lo que hazen y defenderíamos nuestros derechos y libertades, y seríamos iguales con los que hoy gobiernan⁴⁹.

De este modo, se pueden apreciar dos vertientes entre las motivaciones de los sublevados: una económica y otra política. En lo que a esta segunda vertiente se refiere, el primer triunfo de los agermanados fue la introducción de dos miembros de la *mà menor* en la Junta de los Jurados, lo que suponía apropiarse de una tercera parte del ejecutivo municipal.

En abril de 1520, estando próxima la víspera de Pascua de Pentecostés, los jurados escribieron al rey para comunicarle que los menestrales, viéndose armados, unidos y agermanados, pretendían realizar la elección según el privilegio de 1278 del rey Pedro III, por el cual dos jurados debían proceder de la mano mayor, dos de la mediana y dos de la menor, acusándoles de quebrantar el fuero del rey Alfonso I de 1329 vigente en ese momento. Con ello no pretendían sino defender sus propios intereses ante la disminución de representatividad que supondría la introducción del nuevo sistema exigido por los rebeldes⁵⁰.

⁴⁹ DURAN, E., «Aspectes ideològics de las Germanies»...*Op. cit.*, p. 58.

⁵⁰ FELIPE ORTIZ, A., *Autoritarismo monárquico y reacción municipal. La oligarquía urbana de Valencia desde Fernando el Católico a las Germanías*, Universitat de València, Valencia, 2004, p. 52.

Simultáneamente a esta integración en el gobierno municipal, los rebeldes crearon un poder paralelo fuera del marco jurídico legal preestablecido: la Junta de los Trece, un comité de justicias criminales y una comisión del almodín (organismos especializados en atender la problemática gremial, judicial y de abastecimiento)⁵¹. Así, los hasta entonces apartados del poder, llevan a cabo un intento por hacerse con el gobierno municipal en detrimento de un estrato privilegiado que lo había poseído hasta entonces en exclusiva.

La idea de que la jerarquía y el decoro social pudiesen trastornarse no era nueva. De hecho, es bien sabido que el Carnaval constituía una válvula de escape donde las tensiones sociales se relajaban con el ocasional cambio de papeles. La verdadera novedad de las Germanías era la idea de que el mundo podía ser trastornado de manera permanente. No así en las Comunidades o en la rebelión aragonesa de 1591, ya que al frente de la revuelta popular hay líderes pertenecientes a estratos superiores que no plantean, ni mucho menos, esta transformación del mundo en la que los desposeídos tomen el poder.

Fervor religioso

En el caso de Valencia, el milenarismo fue más que un mero trasfondo escatológico de la revuelta; fue el elemento principal de la última parte de la rebelión⁵². Y es que las postrimerías de la revuelta estuvieron protagonizadas por un líder carismático de origen castellano que, tal vez desencantado con la timidez del milenarismo comunero, se atrevió a asumir la condición de Encubierto con todas sus consecuencias. «Y una de ellas fue el virus fanático inoculado en el radicalismo agermanado por el encubertismo milenarista»⁵³.

⁵¹ GARCÍA CÁRCCEL, R. y BELENGUER CEBRIÁ, E., «Las Germanías»...*Op. cit.*, p. 20.

⁵² Se demuestra así, tal y como mantienen Norman Cohn o Christopher Hill, que los grupos milenaristas aparecieron siempre en medio de una sublevación mucho más amplia. Son una revuelta en el interior de la rebelión, ya que a medida que las tensiones sociales crecían y la rebelión se extendía a toda la nación, aparecía, en algún sector radical, un profeta con sus seguidores que intentaba convertir este alzamiento concreto en una batalla apocalíptica, en la purificación final del mundo. COHN, N., *En pos del milenio. Revolucionarios milenaristas y anarquistas místicos de la Edad Media*, Alianza, Madrid, 1995, p. 284 y HILL, C., *El mundo trastornado. El ideario popular*...*Op. cit.*, p. 2.

⁵³ PÉREZ GARCÍA, P. y CATALÁ SANZ, J.A., *Epígonos del encubertismo. Proceso contra los agermanados de 1541*, Biblioteca Valenciana, Valencia, 2000, p. 155.

El Encubierto, tras predicar por las plazas de Játiva y Alcira cuando el resto del reino ya había capitulado, fue finalmente aceptado en la primera ciudad como un profeta enviado por el Espíritu Santo para implantar la justicia y ensalzar la fe de Cristo. Siguiendo una corriente interpretativa franciscana, dividía la historia de la humanidad en etapas, autocalificándose como el iniciador de la tercera⁵⁴. Entre la población fue visto como un mesías enviado por Dios ante la proximidad del fin del mundo, una creencia que en aquella época parece que estaba en su punto álgido⁵⁵.

Por lo tanto, no fue la población quien creó su fe milenarista, sino que la recibieron de presuntos profetas y mesías, muchos de ellos antiguos miembros de la baja clerecía, quienes habían tomado sus ideas de las más diversas fuentes. Algunas de las fantasías milenaristas provenían de los judíos y de los primitivos cristianos; otras, como el caso del Encubierto, tenían su origen en Joaquín de Fiore. Las formas de imaginar el Milenio y el camino que conducirá a él son innumerables, desde las actitudes más violentas hasta el más manso pacifismo. El ejemplo de las Germanías y el Encubierto responde, sin lugar a dudas, a ese primer tipo de milenarismo violento y agresivo.

El caso de Valencia no fue una excepción, sino que fue frecuente el caso de que sectores desfavorecidos fuesen cautivados por la predicación de algún profeta milenarista.

El deseo normal de los pobres de mejorar las condiciones de materiales de su vida se transfiguraba entonces con las fantasías de un mundo renacido tras una destrucción final y apocalíptica. Los malos, que según las circunstancias podían ser los judíos, los

⁵⁴ Es una teoría basada en el milenarismo joaquinista surgido en el último tercio del siglo XII a partir de las profecías del abad Joaquín de Fiore, quien mantiene que el misterio de la Trinidad se manifiesta en la historia del mundo. En este sentido, de la misma forma que tres personas coexisten en un solo Dios, la historia se divide en tres tiempos o *status* como reflejo de lo trinitario. El primer tiempo pertenece al Padre, el segundo al Hijo y el tercero, el de mayor gracia y el de la plenitud del intelecto, al Espíritu Santo. De este modo, concibe la historia humana como una evolución lógica cuyo porvenir, por tanto, se puede profetizar. RUCQUOI, A., «No hay mal que por bien no venga: Joaquín de Fiore y las esperanzas milenaristas a fines de la Edad Media», *Clio&Crimen*, n.º 1 (2004), pp. 217-240.

⁵⁵ Como ya se ha apuntado para el caso de las Comunidades, no hay que olvidar que la mayoría de hombres y mujeres de la España del siglo XVI vivían todavía en un mundo de magia en el que Dios y el demonio intervenían a diario, un mundo de brujas, hadas y hechiceros. Es importante tenerlo en cuenta a la hora de entender el papel de las profecías en la psicología popular del momento. Por eso resulta tan crucial, como mantiene Christopher Hill, «el intento de evitar al máximo juzgar este mundo desde la visión que se tiene actualmente del universo, donde los actos de Dios son mucho más escasos que en el siglo XVI». HILL, C., *El mundo trastornado. El ideario popular... Op. cit.*, pp. 76-77.

ricos o el clero, debían ser exterminados, y los santos, es decir, los más desfavorecidos, erigirían su reino, un reino sin sufrimiento ni pecado⁵⁶.

En conclusión, va a ser este componente milenarista, mucho más acentuado que en el caso de las Comunidades (apreciable pero no importante) o de la rebelión aragonesa (donde ni se percibe), una de las explicaciones al mayor radicalismo popular observado en las Germanías de Valencia. Pero para entender este mayor radicalismo es todavía más importante tener en cuenta la realidad que se describe en el siguiente apartado.

3.3. Papel del pueblo dentro de la rebelión

Se ha mencionado anteriormente que tanto en las Comunidades como en la rebelión aragonesa de 1591 hubo al frente de la revuelta popular líderes pertenecientes a estratos superiores que no plantean una transformación del mundo en la que los desposeídos tomen el poder.

Por el contrario, esto sí se llegó a plantear en las Germanías, debido a que sus líderes surgieron de los grupos populares más acomodados, no de la aristocracia. De este modo, se puede considerar a las Germanías de Valencia como el levantamiento con un mayor componente popular, ya que tanto la dirección como la composición del bando rebelde recayeron sobre miembros del estamento popular. Este es, precisamente, su principal rasgo diferenciador.

Ya se ha visto que, normalmente, las rebeliones del Antiguo Régimen fueron dirigidas por los estratos superiores de la sociedad. Sin embargo, también existen casos en los que no se descubre participación directa de otros grupos sociales y son sólo artesanos y campesinos quienes desencadenan y controlan la revuelta⁵⁷. Las Germanías responden a este tipo de rebelión.

No por ello hay que verlas, del mismo modo que ocurre con las Comunidades y la rebelión aragonesa de 1591, como un bloque monolítico. Por el contrario, durante su

⁵⁶ COHN, N., *En pos del milenio. Revolucionarios milenaristas...Op. cit.*, p. 16.

⁵⁷ MOUSNIER, R., *Furores campesinos. Los campesinos en las revueltas del siglo XVII (Francia, Rusia, China)*, Siglo XXI, Madrid, 1989, p. 283.

desarrollo se aprecia también una evolución y una transformación de sus objetivos, protagonistas y mecanismos de actuación. Ejemplo de ello son las diferentes etapas que distinguen Ricardo García Cárcel y Eduard Císcar Pallarés a la hora de explicar la trayectoria de la revuelta:

- moderación desde septiembre de 1519 hasta agosto de 1520⁵⁸: las figuras más representativas de este momento fueron Juan Llorenç, Guillem Sorolla o Joan Caro. El primero fue el creador de la Junta de los Trece e intentó siempre dar a la revuelta una legitimidad. Sin embargo, poco a poco, la progresiva tendencia al radicalismo por parte de los agermanados acabó por desbordar las limitaciones moderadas de Llorenç. Como se ha visto ya en las Comunidades, la revuelta se va radicalizando progresivamente, haciendo variar a los protagonistas (muchos se apartan por temor ante el giro de los acontecimientos) y los objetivos.
- la derrota en Almenara en junio de 1521 es el golpe definitivo a las pretensiones moderadas y la revuelta entra en una nueva fase caracterizada por su radicalismo ⁵⁹. La nueva figura representativa será ahora Vicent Peris, desconocido hasta entonces. Tras unas victorias iniciales (conquista el castillo de Játiva y, sobre todo, vence en la batalla de Gandía, la única victoria militar de los agermanados), parte del ejército rebelde es derrotado estrepitosamente en Oriola el 27 de agosto de 1521. Peris cada vez está más solo al ver como muchas ciudades, incluida la capital del reino, comienzan a capitular. Finalmente, el 3 de marzo de 1522 fue asesinado en su propia casa.
- Tan sólo Játiva y Alcira resisten duramente tras este momento. Destaca la resistencia de la primera por ser dirigida por el Encubierto, un personaje misterioso que protagoniza el canto del cisne de la revuelta agermanada. Sus actividades serán breves pero intensas, acentuando enormemente el carácter mesiánico de una revuelta que desde muy pronto tuvo un componente de fervor religioso muy elevado, tal y como se demostrará en las siguientes páginas.

⁵⁸ GARCÍA CÁRCEL, R. y CÍSCAR PALLARÉS, E., *Moriscos y agermanats...Op. cit.*, p. 64.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 77.

Así, aunque las Germanías estén dirigidas por líderes populares desde un principio, también se aprecia un proceso de radicalización a medida que la revuelta va avanzando en el tiempo. Finalmente, como ocurrió en el caso de las Comunidades de Castilla, la revuelta agermanada tampoco se acabó de consumir. «Acabó drásticamente por obra y gracia de la represión; la doble represión protagonizada por los virreyes Diego Hurtado de Mendoza y Germana de Foix»⁶⁰. Destaca la represión ejercida por esta última, ya que fue mucho más agresiva que la de su predecesor. Fue el marcado carácter económico la gran novedad introducida por la viuda de Fernando el Católico en la dialéctica represiva.

En conclusión, si por algo destacan las Germanías de Valencia es porque la dirección del movimiento recae plenamente sobre miembros del estamento popular. De este modo, no puede hablarse de una rebelión donde el pueblo participa con sus propias motivaciones y objetivos pero bajo las órdenes de un estrato privilegiado. Otra de sus peculiaridades es el elevado radicalismo que se observa entre las filas del bando rebelde.

Evidentemente, el hecho de que no haya ningún elemento aristocrático en la toma de decisiones supone una mayor libertad de movimientos para los estratos más bajos de la población que participan en la rebelión. Como mantiene Pedro Luis Lorenzo Cadarso, los cabecillas de extracción popular, en la mayoría de los casos, personifican los momentos más espectaculares y violentos del conflicto social. En el caso de Valencia son precisamente este tipo de cabecillas los que dirigen las actuaciones desde un principio y no los «líderes catalizadores» que aparecen tanto en Castilla como en Aragón: gentes procedentes de la élite social con prestigio suficiente como para inspirar confianza en el éxito al grupo rebelde e instaurar un mínimo de disciplina organizativa⁶¹.

Tampoco debe olvidarse para entender este mayor radicalismo la presencia en las Germanías de un fervor religioso no visto en las otras rebeliones analizadas o visto tan sólo como un trasfondo escatológico.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 95.

⁶¹ LORENZO CADARSO, P.L., *Fundamentos teóricos del conflicto social*, Siglo XXI, Madrid, 2001, p. 126.

Respecto a la composición del bando agermanado, al igual que se ha demostrado en el caso de las Comunidades, prima la heterogeneidad. Eso sí, es menor que en otros casos al no aparecer entre sus filas miembros de la aristocracia. A pesar de ello, el grado de heterogeneidad es elevado, ya que cuando se habla de campesinado o artesanado no hay que pensar en un bloque compacto. Como muy bien explica Henry Landsberger, dentro del campesinado se observan diferentes dimensiones. Por ejemplo, el aparcero, con sus beneficios económicos, inseguros y reducidos, se diferencia del trabajador sin tierra porque puede tener algún control sobre el proceso de producción que este último, por definición, no tiene⁶².

El origen y las motivaciones de la revuelta tampoco suponen ninguna novedad respecto a lo ya visto hasta ahora. Se observa que el conflicto tiene unos orígenes a largo plazo, que vienen ya desde el pasado medieval, y otros mucho más cercanos que acaban por hacer estallar la revuelta. En lo que a las motivaciones se refiere, se pone otra vez de manifiesto que el pueblo tiene sus propias reivindicaciones y que estas no son sólo de carácter económico: la participación en el poder también juega un papel destacado. Una vez más queda descartada la visión tradicional según la cual muchos autores han apuntado que las masas no tienen aspiraciones dignas que les sean propias y que son impulsados a la acción sólo con la promesa de una recompensa por parte de agentes ajenos a ellos.

⁶² LANDSBERGER, H.A., «Disturbios campesinos: temas y variaciones», en LANDSBERGER, H.A. (Ed.), *Rebelión campesina y cambio social*, Crítica, Barcelona, 1978, p. 27.

4. Participación popular en la rebelión aragonesa de 1591: ¿un «vulgo alborotado y ciego»?

El 12 de noviembre de 1591 un ejército al mando de Alonso de Vargas entraba en Zaragoza con el objetivo de restaurar la autoridad del rey y la Inquisición. Atrás quedaban seis meses en los que la causa del antiguo secretario de Felipe II, Antonio Pérez, refugiado en Aragón después de su fuga de una cárcel castellana, había logrado cohesionar un movimiento de resistencia (de raíces más profundas) que desbordó completamente a los gobernantes del reino⁶³.

Mucho se ha escrito sobre este conflicto

que comenzó articulándose en torno a la defensa del privilegio foral de la manifestación frente a la pretensión real de alcanzar una justicia rápida y expeditiva en la persona de Antonio Pérez, y que culminó en una declaración formal de resistencia a las tropas enviadas por Felipe II. Se observa así que al menos una parte de la población aragonesa había llevado hasta sus últimas consecuencias la teoría de la resistencia foral, obligando al resto de la sociedad a elegir entre dos fidelidades que parecían irreconciliables⁶⁴.

«Por la espectacularidad que revistieron, aquellos altercados y, sobre todo, la entrada en Aragón del ejército de Alonso de Vargas, fueron noticia que alcanzó a muchos rincones»⁶⁵. Poco después de 1591 se generó una abundante literatura tanto dentro como fuera de España en la que se divulgaba una versión de los hechos muy lesiva para Aragón. Dentro de esta corriente, denominada «antiaragonesa», destaca por encima de todas las obras la publicada en 1612 por el segoviano Antonio de Herrera, conocida como el *Tratado*.

⁶³ SÁNCHEZ LÓPEZ, P., «Después de las Alteraciones aragonesas. Aspectos de la represión inquisitorial de la revuelta de 1591», *Ius Fugit*, vol. 5-6 (1996-1997), p. 309.

⁶⁴ GASCÓN PÉREZ, J., «Defensa de los fueros y fidelidad a la Monarquía en la rebelión aragonesa de 1591», en FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P. (Coord.), *Monarquía, Imperio y pueblos en la España Moderna. Actas de la IV Reunión Científica de la Asociación Española de Historia Moderna*, Alicante, 27-30 de mayo de 1996, t.1., Caja de Ahorros del Mediterráneo, Alicante, 1997, p. 475.

⁶⁵ GIL PUJOL, J., «Lupercio Leonardo de Argensola, historiador, en la historiografía de su época», en LEONARDO DE ARGENSOLA, L., *Información de los sucesos del reino de Aragón en los años 1590 y 1591*, Edicions de l'Astral, Zaragoza, 1991, p. XII.

Esta literatura antiaragonesa generó un amplio malestar a los naturales del reino, quienes se sintieron humillados y ofendidos. No tardaron en publicar obras que trataban de relativizar lo ocurrido y limpiar las injurias vertidas contra ellos. Es la denominada corriente «apologética», una ofensiva literaria patrocinada por la Diputación con un claro objetivo además del de rebatir todos los ataques emitidos por la literatura antiaragonesa: ensalzar la fidelidad del reino de Aragón al monarca a la vez que se alababa el ordenamiento foral aragonés. Resultó una tarea de gran dificultad que obligó a sus autores a ser enormemente cautelosos, ya que cualquier palabra desacertada podía suponer una ofensa para las instituciones del reino o, por el contrario, un reproche a la actuación de Felipe II.

Se observa claramente que la solución que encontraron estos autores apologistas para lograr cumplir con la difícil tarea que la Diputación les había encomendado fue relativizar el alcance de la rebelión culpando de todo lo ocurrido a unos pocos hidalgos inquietos que, a la sombra de Antonio Pérez, lograron arrastrar a la plebe de la ciudad de Zaragoza, la cual, al ser inculta y dispuesta al alboroto, resultó muy fácil de engañar. Por lo tanto, presentan a un «vulgo alborotado y ciego» manejado por otros, ya que se insiste siempre en que su participación en las revueltas se debe a manipulaciones llevadas a cabo por alguien superior, eliminando así toda posibilidad de que dicho vulgo tomara las decisiones voluntariamente, es decir, desterrando la idea de que tuvieran una capacidad de decisión y actuación propias.

Pero, ¿quién componía este vulgo?, ¿tenía alguna motivación para participar en la rebelión o simplemente actuó guiado por el carácter violento y alborotado que los apologistas le atribuyen?, ¿era realmente ciego y se limitaba a seguir los mandatos de alguien superior o veía más de lo que estos autores pretendían reflejar? A estas preguntas, al igual que se ha hecho en las rebeliones anteriores, se intentará dar respuesta en las siguientes líneas.

4.1. Caras en la multitud: la base social en la rebelión aragonesa de 1591

En la rebelión aragonesa hubo una importantísima participación popular, algo que se aprecia perfectamente al analizar la extracción social de los penitenciados por la Inquisición una vez finalizado el conflicto. En este sentido, los trabajos de Pilar Sánchez López y Manuel Gracia Rivas son enormemente reveladores, pues ambos contienen una valiosa información que permite analizar la procedencia social de los condenados por la Inquisición por su relación con el conflicto⁶⁶.

El primero de los trabajos muestra como la mayoría de las personas juzgadas por el Santo Oficio son de origen popular, destacando entre ellos los labradores con un 31%⁶⁷. Dentro de este elevado porcentaje se observa una gran heterogeneidad, desde campesinos muy humildes hasta campesinos acomodados como Juan del Barco o Jaime Cristóbal, quienes actuaron como cabecillas de los labradores.

Poco se sabe de estos cabecillas populares que dirigieron el levantamiento, pero sí se puede observar que serían personas con cierto nivel económico y que gozarían de una buena condición social. Es decir, serían las personas más acomodadas dentro del estamento popular. Así se aprecia en el caso de estos dos labradores y en el de Pedro de Fuertes, pelaire con buena posición económica que se convirtió en uno de los grandes protagonistas de la rebelión. Sin embargo, a pesar de su mejor posición económica, no dejaban de ser unos labradores guiando a otros o un pelaire al frente de otros. De esta forma, «serían una serie de líderes populares no separados por un abismo de los miembros más pobres de la comunidad»⁶⁸.

⁶⁶ SÁNCHEZ LÓPEZ P., «Después de las Alteraciones aragonesas»... *Op.cit.*, pp. 349-353, y GRACIA RIVAS, M., *La «invasión» de Aragón en 1591. Una solución militar a las alteraciones del reino*, Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1992, pp. 170-172.

⁶⁷ Este porcentaje lo obtiene la autora al analizar las siguientes causas sentenciadas por el Santo Oficio de Zaragoza relacionadas con la rebelión aragonesa de 1591: auto de fe del 20 de octubre de 1591, sala de la audiencia en octubre de 1592, sala de la audiencia de 1595, auto de fe del 17 de abril de 1595 y auto de fe del 10 de febrero de 1597. El hecho de que todavía en 1597 se esté castigando indica que la represión no terminó con las Cortes de Tarazona ni mucho menos. Mientras la justicia real, que también tomó parte importante en la represión, se mostró mucho más rápida y combinó medidas punitivas y de gracia, la Inquisición fue mucho más lenta y poco proclive a otorgar cualquier medida de gracia.

⁶⁸ COLÁS LATORRE, G., «Las “revoluciones” de 1591 y Bartolomé Leonardo de Argensola», *Cuadernos de Estudios Borjanos*, n.º XXV-XXVI (1991), p. 126.

Para conocer su papel dentro de la sociedad resulta clave la explicación de Pablo Desportes Bielsa, quien mantiene que fueron muy frecuentes durante la Edad Moderna los contactos entre la élite gobernante y la población dedicada a la manufactura y al pequeño comercio, ya que para los dirigentes de la ciudad era esencial conocer las inquietudes y los estados de ánimo de estas gentes para tenerlos así bajo control. Para conseguirlo, se sirvieron precisamente de esa minoría popular acomodada que a lo largo del siglo XVI, gracias al período de bonanza económica, experimentó un proceso de enriquecimiento y promoción social⁶⁹. Este papel lo mantuvieron igualmente en caso de rebelión, ya que actuaron como intermediarios entre los dirigentes «de afuera» (sectores privilegiados) y la multitud⁷⁰.

Además de labradores, en el auto de fe del 20 de octubre de 1591, analizado igualmente por Manuel Gracia Rivas, aparecen también: tres carniceros (Andrés de Naya, Vicente Viscarrete y Martín de Borunda), dos mesoneros (Juan Felipe Mezot y Juan de Prado), un cordonero (Miguel de Araus), un parchero (Miguel Alos), dos barqueros (Mateo Falconero y Tomás Ferravi), un platero (Jerónimo Pérez), un calcetero (Pedro Quintana), etc. Son tan sólo una parte de la lista de aragoneses que participaron en los motines de 1591. Una lista que, ciertamente, podría alargarse mucho más, pero que con esta pequeña muestra ya da idea de la participación de diferentes oficios en la rebelión y sirve para poner nombres a una parte de la multitud involucrada.

Junto a labradores y artesanos también participaron en los acontecimientos minorías diferenciadas dentro de la población aragonesa⁷¹. En las obras de los apologistas aparecen constantes referencias a la participación de extranjeros procedentes de zonas limítrofes con Aragón y, especialmente, de inmigrantes procedentes del sur de Francia, gascones y bearneses. Su presencia no resulta extraña, ya que son numerosos los testimonios que confirman la existencia de una notoria inmigración francesa en Aragón durante los siglos XVI y XVII⁷². Diversos autores también hacen referencia al

⁶⁹ DESPORTES BIELSA, P., «Entre mecánicos y honorables. La “elite popular” en la Zaragoza del siglo XVII», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, n.º 75 (2002), pp. 55-74.

⁷⁰ RUDÉ, G., *La multitud en la historia... Op. cit.*, p. 257.

⁷¹ Así lo recoge J. Gascón Pérez en su artículo «El “vulgo ciego” en la rebelión aragonesa de 1591», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, n.º 69-70 (1994), pp. 89-113.

⁷² Así los han recogido autores como SALAS AUSÉNS, J.A., «La inmigración francesa en Aragón en la Edad Moderna», en *Estudios del Departamento de Historia Moderna*, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1985-1986, pp. 51-78; o LANGÉ, C., *La inmigración francesa en Aragón. (Siglos XVI y primera mitad del XVII)*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1993.

elevado número de delincuentes que había en Aragón⁷³. Un tipo especial de delincuente eran los lacayos, hombres armados que actuaron como guardia personal de caballeros e infanzones. Por lo tanto, eran foráneos, traídos ex profeso para participar en los levantamientos de 1591, que actuarían como una especie de mercenarios.

Finalmente, aunque proceda de una fuente poco fiable como la de Antonio Pérez, participaron también en la rebelión elementos habitualmente marginados de la sociedad: niños, locos, mujeres y ancianos. Podría parecer una estrategia del ex secretario para exagerar el enorme apoyo con el que contó su causa, pero lo cierto es que no es el único que hace referencia a la participación de muchachos, puesto que esta información también aparece en los discursos de los cronistas y en las declaraciones de algún procesado⁷⁴.

Por lo tanto, esta aproximación mucho más precisa a esa parte no noble que participó en la rebelión, hecha sin caer en las visiones peyorativas que dan los cronistas, permite comprobar que bajo los términos de «pueblo», «vulgo» o «plebe» se esconde una realidad compleja. Es un grupo heterogéneo que abarca personas de la más diferente extracción social y con las más diversas ocupaciones.

4.2. Motivaciones populares

Partiendo de la base con la que se acaba de cerrar el apartado anterior, sólo se puede recurrir a una explicación multicausal para responder la pregunta que enuncia este. Sería un grave error pensar en una causa común que moviera a toda esa masa de estratos bajos o creer que la explicación se encuentra en el propio estallido de la rebelión y sus momentos inmediatamente anteriores. Por el contrario, hay que analizar un conjunto de factores que pudieron conducir a lo ocurrido en 1591 en Aragón y, para ello, es necesario echar la vista atrás en muchas ocasiones.

⁷³ Es el caso de: COLÁS LATORRE, G. y SALAS AUSÉNS, J.A., *Aspectos de la problemática social de Aragón en el siglo XVI: moriscos y bandoleros*, Ayuntamiento de Zaragoza, Zaragoza, 1977; o GASCÓN PÉREZ, J., «Aragón, ¿tierra de bandoleros? El difícil mantenimiento del orden en un reino del siglo XVI», *Estudis. Revista de Historia Moderna*, n.º 40 (2014), pp. 191-212.

⁷⁴ Era frecuente que cuando se decidía ejecutar un acto especialmente grave, se sacase a la calle a una multitud formada por niños y mujeres, individuos considerados irresponsables en la cultura de la época y contra quienes los tribunales jamás dictaban sentencias de muerte o galeras. Por lo tanto, es una práctica que responde a una estrategia para evitar duros castigos si la revuelta no triunfaba.

«Apasionados de los fueros»

En esta necesidad de ampliar el marco causal resulta imprescindible, en primer lugar, abandonar la práctica común de analizar el comportamiento aragonés a través de su relación con Antonio Pérez. Seguir haciéndolo supone sobrevalorar el papel del ex secretario como promotor del movimiento y obviar el complejo panorama social y político existente en Aragón desde mucho antes. Es decir, es necesario integrar el episodio dentro de su contexto histórico para comprobar que antes de lo ocurrido en 1591 ya había una situación de enorme tensión⁷⁵. Así lo reflejan las alteraciones de Teruel y Albarracín, la guerra entre montañeses y moriscos, el pleito del virrey extranjero, los constantes ataques perpetrados por bandoleros, las tensiones provocadas por la aplicación del privilegio de veinte zaragozano o los abundantes levantamientos antiseñoriales que jalonaron el siglo.

De este modo, se observa una difícil relación con una monarquía a la que se acusaba de una constante intromisión en los asuntos del reino y un cada vez menor respeto por su ordenamiento foral. Paralelamente se estaba dando una situación interna todavía más complicada, reflejada a la perfección por José Antonio Salas Auséns en la siguiente afirmación:

Aragón conoció en el siglo XVI una época de gran violencia: conflictos entre vecinos de una misma localidad por un quítame de ahí esas pajas, luchas entre localidades vecinas, rebeliones de los vasallos contra sus señores, pero todo ello quedará en un segundo plano ante el auge que alcanzará, ya en la segunda mitad de la centuria, el bandolerismo⁷⁶.

A este contexto marcado por la tensión hay que sumar en 1590 la llegada de Antonio Pérez «a este reino que después de un siglo de unión dinástica no encontraba su punto de encaje en la monarquía hispánica y donde la degradación del clima social

⁷⁵ Una vez más se observan las «precondiciones» y los «precipitantes» de los que se ha hablado en el caso de las Germanías. En una línea muy similar se sitúa Boris Porshnev, quien distingue unas causas profundas y a largo plazo de las ocasiones directas de los levantamientos, entendidas «como las chispas que producen una explosión». PORSHNEV, B., *Los levantamientos populares en Francia en el siglo XVII*, Siglo XXI, Madrid, 1978, p. 241. En Aragón, esta ocasión directa se da con la llegada de Antonio Pérez, pero existen detrás una serie de causas cuyo origen es muy anterior.

⁷⁶ SALAS AUSÉNS, J.A., «Bandolerismo en Aragón en el siglo XVI», en CARRERAS ARES, J.J. *et alii*, *Historia de Aragón. Economía y Sociedad*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1996, p. 407.

había llegado a una situación límite»⁷⁷. Los posteriores intentos de Felipe II para conseguir que el ex secretario fuera de inmediato devuelto a Castilla fueron vistos por muchos como un ataque más a la foralidad del reino y se levantaron contra una nueva intromisión que consideraban ya intolerable. En consecuencia, se puede hablar ya de un primer factor que condujo a la rebelión: la reacción de un pueblo que sentía que el orden político foral heredado de sus antepasados se estaba viendo amenazado por Felipe II.

Es cierto que la fuerza del fuerismo estaba en la nobleza, sector del que salieron sus ideólogos y principales líderes, pero junto a ellos es posible encontrar también gentes del tercer estamento hondamente comprometidos con la causa aragonesa⁷⁸. Como resultado, artesanos y labradores participaron activamente en la defensa de unos fueros a los que podía acogerse un elevado porcentaje de la población (no sólo beneficiaban a la nobleza feudal) y lo hicieron «en virtud de un pensamiento propio elaborado a partir del eco producido por una centuria de continuados enfrentamientos políticos con la monarquía y sus diferentes instancias»⁷⁹. Es decir, existía una tradición de protesta que ayudó a configurar este pensamiento propio.

Movimiento antiinquisitorial

Reacción contra Felipe II en defensa de los fueros y rechazo a la Inquisición son dos caras de una misma moneda, ya que el monarca recurrió al Santo Oficio para conseguir lo que la vía ordinaria le había denegado. Su idea era acusar a Antonio Pérez de hereje con el objetivo de que pasara a ser juzgado por la Inquisición, lo que conllevaba su traslado de la cárcel de los manifestados a la del Santo Oficio. Una hábil estrategia que le ponía la cabeza de su gran enemigo en bandeja. Sin embargo, esta medida no tuvo el éxito esperado, ya que una gran multitud compuesta en su mayoría

⁷⁷ JARQUE MARTÍNEZ, E. y SALAS AUSÉNS, J.A., *Las alteraciones de Zaragoza en 1591*, Edicions de l'Astral, Zaragoza, 1991, p. 27.

⁷⁸ Dicha ideología queda reflejada perfectamente en las declaraciones recabadas por el comisario Lanz, encargado de formar procesos contra los implicados en la rebelión, donde se reiteran hasta la saciedad expresiones que identifican a uno u otro acusado como «apasionado de los fueros» y coinciden en recordar que el hecho de «apellidar libertad» fue lo que produjo el estallido de los motines del 24 de mayo y 24 de septiembre. GASCÓN PÉREZ, J., «La rebelión aragonesa de 1591. Reflexiones a propósito de un conflicto político», en PEREIRA IGLESIAS, J.L. y GONZÁLEZ BELTRÁN, J.M. (Eds.), *Felipe II y su tiempo. Actas de la V Reunión Científica Asociación Española de Historia Moderna*, Universidad de Cádiz y Asociación Española de Historia Moderna, Cádiz, 1999, p. 301. Desde luego, el grito conductor del descontento era «¡Viva la libertad!», lo que no significa que pidieran apartarse de la monarquía de Felipe II, sino que únicamente reflejaba un clamor por la pervivencia de los fueros.

⁷⁹ GASCÓN PÉREZ, J., «El “vulgo ciego” en la rebelión aragonesa»...*Op. cit.*, p. 110.

por miembros del estamento popular de Zaragoza se opusieron con éxito a dicho traslado tanto el 24 de mayo como el 24 de septiembre.

Una reacción anti-inquisitorial de dimensiones sin precedentes que tuvo además en el motín de mayo otras connotaciones políticas al centrarse también los ataques en el marqués de Almenara, enviado real para el pleito del virrey extranjero y especie de factótum de la política real desde su llegada a Zaragoza. El marqués murió a los pocos días a causa de las heridas recibidas durante el alboroto⁸⁰.

En este motín, por tanto, se aprecian a la perfección esas dos caras de una misma moneda de las que se hablaba antes.

La animadversión hacia esta institución no supone tampoco ninguna novedad del momento, sino que fue vista por los naturales del reino como una amenaza para la conservación de los fueros desde su implantación con Fernando II. Razón no les faltaba, pues la Inquisición nunca limitó su actuación a asuntos estrictamente religiosos, sino que sirvió a unos fines e intereses eminentemente políticos según la conveniencia de los castellanos.

La Inquisición actuará cometiendo numerosos desafueros, el primero fue su propia implantación, burlándose de la justicia aragonesa, pasando por alto las instituciones del reino. Y ante este auténtico poder inquisitorial el reino aragonés contaba con muy pocas armas, sólo la protesta, la protesta continua y la desconfianza manifiesta por parte de las autoridades y del pueblo aragonés hacia toda la injerencia por parte de la monarquía⁸¹.

Los motines de 1591 dan buena prueba de ello.

Parentesco y clientelaje

Los dos factores anteriores harían referencia a una parte del estamento popular que participó en base a un pensamiento propio, convencidos de que las intromisiones reales ya habían llegado demasiado lejos. Sin embargo, tal y como se ha puesto de manifiesto a lo largo del trabajo, dentro de los estratos más bajos se observa una gran

⁸⁰ SÁNCHEZ LÓPEZ P., «Después de las Alteraciones aragonesas»...*Op. cit.*, p. 309.

⁸¹ COLÁS LATORRE, G. y SALAS AUSÉNS, J.A., *Aspectos de la problemática social*...*Op. cit.*, p. 17.

heterogeneidad. De este modo, también hubo personas que participaron en la rebelión sin tener un conocimiento claro de lo que suponía el ordenamiento foral o de si Felipe II estaba menospreciando, o no, las tradicionales instituciones del pueblo aragonés. Sus motivaciones habría que buscarlas más bien en una obligación propia de las relaciones feudo-vasalláticas del período, puesto que no se debe olvidar que la sociedad del momento es una sociedad agrupada en corporaciones, dividida en órdenes y vinculada verticalmente por poderosos lazos de parentesco y clientelaje.

Un claro ejemplo de ello fueron los lacayos traídos ex profeso para participar en los motines de 1591. Pusieron sus armas al servicio del señor que los había contratado como una parte más de su trabajo, ya que eran bandoleros acostumbrados a luchar a las órdenes de su señor en guerras privadas o en conflictos de mayor envergadura como pudo haber sido la guerra civil en la Ribagorza pocos años antes. Además de lacayos, también hay que incluir dentro de este tipo de participantes a campesinos que se verían motivados a actuar por las órdenes de su señor, a quien deberían obedecer a pesar de no ser convencidos fueristas.

Este sistema de clientelazgo desembocaba en numerosas ocasiones en la formación de diferentes bandos o facciones enfrentadas dentro de una misma localidad. Cada uno de ellos intentaría contar con el mayor número de integrantes posibles para así defenderse ante un posible ataque del bando contrario. Hasta tal punto que era habitual la existencia de matrimonios entre los miembros de familias que pertenecían a una misma facción con el objetivo de simbolizar esta alianza. Es un hecho a tener en cuenta a la hora de entender que muchos de los miembros del bando no participaron en la rebelión por motivaciones propias sino como consecuencia de la decisión que hubiesen tomado los líderes de la facción a la que pertenecían.

La decisión de cada una de estas facciones de participar en la rebelión al lado de los rebeldes o mantenerse fieles al monarca venía en numerosas ocasiones determinada por la actitud que hubiese adoptado el bando rival. Así ocurre, por ejemplo, en Jaca, donde existía un conflicto municipal anterior que acabó provocando que cada uno de los

bandos enfrentados tomara posturas diferentes con el inicio de la rebelión aragonesa⁸². La rebelión aparece así como un nuevo escenario en el que seguir discutiendo las viejas hostilidades particulares.

Este factor podría aplicarse también en las anteriores rebeliones, sin embargo, hay que ser cautos y no darle una excesiva importancia, ya que las relaciones clientelares por sí solas no sirven para explicar la formación de núcleos de oposición política durante la Edad Moderna. Para el caso de Aragón,

aun siendo cierto que el deudo y el parentesco son claves sin las cuales sería imposible comprender la organización y desarrollo de tales núcleos, es preciso reconocer el peso de otros factores, entre los que la ideología ocupa un lugar principal. En este sentido, es preciso valorar la importancia que tuvo la existencia de una ideología pactista, perceptible en el fondo de todas las quejas por los desafueros cometidos por la monarquía y capaz de movilizar a amplios sectores de la sociedad aragonesa⁸³.

Otros factores

El hecho de que la rebelión aragonesa responde a un móvil político principalmente ha quedado de sobras reflejado en los factores anteriormente apuntados. Sin embargo, aunque no parezca la causa principal, puesto que no aparece ninguna demanda de este tipo entre los amotinados, es conveniente hacer también referencia al marco económico del momento.

Se tiene constancia de que los crónicos problemas económicos de la nobleza se habían agravado, de los apuros financieros de los concejos, de las quiebras de importantes casas de mercaderes zaragozanos, de las quejas sistemáticas de los artesanos en demanda de proteccionismo comercial y de las malas cosechas que hicieron más difícil la vida a los aragoneses⁸⁴.

⁸² GIL PUJOL, J., «La comunidad local ante la entrada y despliegue del ejército del Rey: toma de decisiones en una disyuntiva de fidelidades (Agreda, Tarazona, Borja, Barbastro, Jaca)», *Cuadernos de Estudios Borjanos*, n.º XXV-XXVI (1991), p. 84.

⁸³ GASCÓN PÉREZ, J., «Introducción al estudio de la oposición política y las redes de poder en Aragón durante la segunda mitad del siglo XVI», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, n.º 75 (2002), pp. 97-100.

⁸⁴ JARQUE MARTÍNEZ, E. y SALAS AUSÉNS, J.A., *Las alteraciones de Zaragoza en 1591...Op. cit.*, p. 89.

Es probable que esta situación económica cada vez más deteriorada, en contraste con el auge que se había vivido a lo largo del siglo XVI, agravara todavía más un ambiente tenso de por sí, creando un estado de ánimo entre la población mucho más proclive a la rebelión. De todas formas, es conveniente insistir en que dichas circunstancias serían un agravante de la situación y no un motivo por el que la población se levanta, puesto que la rebelión aragonesa de 1591 tiene una naturaleza marcadamente política.

4.3. Papel del pueblo dentro de la rebelión

Una vez que ya se ha definido mejor a esa masa compuesta por los estratos más bajos de la sociedad aragonesa y las posibles motivaciones que les llevaron a participar activamente en la rebelión de 1591, hay que dejar claro que no actuaron solos. Por el contrario, la documentación conocida hasta la fecha refleja que en la rebelión aragonesa, como ocurrió en las Comunidades, tomaron parte miembros de todos los estamentos.

No por ello hay que pensar que toda la población del reino participó de forma activa en el conflicto, es decir, no se debe reivindicar un movimiento de ámbito nacional⁸⁵. Sobre todo porque no debe analizarse lo ocurrido como un bloque compacto en el que toda la población aragonesa participara desde el principio hasta el final. Es necesario distinguir, como se ha hecho para los casos anteriores, una serie de fases en las que no siempre aparecen los mismos protagonistas y en las que unos estamentos adquieren mayor relevancia que otros; de este modo, los protagonistas, objetivos y medios para conseguirlos fueron evolucionando a lo largo de la rebelión⁸⁶.

- fase legal: desde la llegada de Antonio Pérez en abril de 1590 hasta el motín del 24 de mayo de 1591. En ella tomaron parte todos los grupos sociales, quienes recurrieron a procedimientos judiciales para lograr que el acusado fuese juzgado con las garantías recogidas en los fueros.

⁸⁵ Esta afirmación es aplicable también a las dos rebeliones anteriores, ya que no hay que olvidar que frente al grupo rebelde, contando a militantes y simpatizantes, la gran mayoría de la población permanece neutral o indiferente.

⁸⁶ Las distintas fases que se exponen a continuación han sido extraídas de GASCÓN PÉREZ, J., «La rebelión aragonesa de 1591»...*Op. cit.*, p. 303.

- fase coactiva: desde el motín de mayo hasta el del 24 de septiembre. Todavía se mantienen las formas legales pero se inicia ya la violencia verbal y física. Es el momento en el que se produce el retraimiento de parte de la alta nobleza, inicialmente favorable a la causa de Pérez.
- fase radical: desde el segundo motín hasta el 31 de octubre de 1591. Es el momento en el que se conocen las cotas más altas de tensión, debido al mayor protagonismo de labradores y artesanos en los acontecimientos. No es una excepción el caso aragonés, ya que el mayor protagonismo en el conflicto de los sectores populares siempre trae consigo una mayor radicalización del mismo.
- fase militar: se inicia con la declaración de resistencia emitida por la Diputación el 31 de octubre y refrendada por el Justicia un día después. Concluye con la entrada del ejército real el 12 de diciembre de 1591.
- jornada de los bearneses: intento de invadir Aragón organizado desde Pau por Antonio Pérez en febrero de 1592. Acabó fracasando y dio paso al último tramo de la represión monárquica.

En conclusión, se observa que:

A lo largo de las sucesivas fases del conflicto tomaron parte miembros de todos los grupos sociales, cada uno con sus intereses propios y con un grado de involucración distinto en cada caso. La documentación deja claro que individuos pertenecientes a la alta y baja nobleza, al alto y bajo clero, al patriciado urbano y a las élites locales, así como juristas, oficiales, labradores e incluso nuevos convertidos participaron en la rebelión, siendo imposible la adscripción exclusiva del movimiento a uno u otro grupo social⁸⁷.

Dentro de esta sucesión de fases se observa que el grado de involucración del pueblo aragonés va a ir en aumento, lo que genera algo ya visto en los casos anteriores: unas elevadas cotas de tensión y una mayor radicalización del conflicto. Trajo consigo la desafección de una parte de la alta nobleza ante el temor de que la rebelión llegara demasiado lejos. Una vez más se observa como muchos de los protagonistas iniciales van abandonando la causa rebelde a medida que aumenta el grado de violencia. No obstante, tanto en los momentos iniciales, con un mayor peso nobiliario, como en los momentos finales, donde el peso popular ha crecido, hay que dejar constancia de que el

⁸⁷*Ibidem*, p. 302.

pueblo nunca va a aparecer liderando la rebelión. En este sentido, las Comunidades de Castilla y la rebelión aragonesa son bastante similares.

Los verdaderos promotores, por tanto, fueron los miembros de la jerarquía aragonesa: alta nobleza, clero, baja nobleza y oligarquía zaragozana. Ellos serían en todo momento quienes lideraran la resistencia ante Felipe II, ya que por el propio modelo de sociedad en el que vivían se necesitaba el liderazgo de los estratos dirigentes para articular una resistencia en defensa de los fueros.

Mientras tanto, la participación popular habría que entenderla como una fuerza de choque bajo su liderazgo⁸⁸. Como se ha demostrado en el ejemplo de la rebelión comunera, el pueblo solía encontrar un liderazgo sólido y relativamente sincero en las fortalecidas oligarquías locales o en sectores de la élite excluidos del poder. Era, por lo tanto, un liderazgo no popular pero protagonizado por grupos e individuos que pretendían objetivos asumibles por el pueblo o que, cuando menos, actuaban como catalizadores del malestar popular, facilitando la organización de descontentos, diseñando estrategias convincentes y ofreciendo, gracias a su prestigio personal, expectativas de éxito⁸⁹.

A lo largo del presente capítulo se ha pretendido desentrañar quiénes eran los individuos que había detrás de esos términos tan abstractos y difusos utilizados por los apologistas durante el siglo XVII como «vulgo alborotado y ciego». Finalmente, se ha llegado a la conclusión de que los conceptos de «vulgo», «pueblo» o «plebe» esconden una realidad compleja, un grupo heterogéneo que abarca personas de la más diferente extracción social y con las más diversas ocupaciones: labradores, pelaires, carniceros, zapateros, lacayos, extranjeros, niños, mujeres, etc. Ya se sabe así quién componía el vulgo.

En segundo lugar, se ha hecho especial hincapié en la necesidad de apostar por una teoría multicausal a la hora de entender las motivaciones que llevaron a este vulgo a

⁸⁸ Evidentemente deben hacerse excepciones, ya que no todos van a tener un mismo papel. Algo lógico si se atiende a su propia heterogeneidad como grupo. Por ejemplo, los sectores más acomodados dentro del estamento popular, del que saldrían sus cabecillas, tendrían una posición más próxima a la de los verdaderos promotores de la rebelión.

⁸⁹ LORENZO CADARSO, P.L., *Los conflictos populares... Op. cit.*, p. 5.

participar en la rebelión aragonesa. Ciertamente, su propia heterogeneidad obliga a buscar un tipo de solución que amplíe el marco causal lo máximo posible. Con este objetivo se han enumerado una serie de factores que hicieron del Aragón de finales del siglo XVI un caldo de cultivo idóneo para que estallara la rebelión. De este modo, se dibuja un pueblo alborotado, en el que los conflictos internos y la difícil relación con la monarquía y sus agentes fueron el pan nuestro de cada día durante dicha centuria. Como resultado, gran parte del pueblo fue elaborando un pensamiento propio defensor de las libertades e individualidades del ordenamiento foral aragonés. En conclusión, la participación popular en el conflicto no viene por el carácter violento y predispuesto al alboroto que los apologistas atribuyen a sus miembros, sino que hay detrás una serie de motivaciones mucho más profundas.

Como miembros de la sociedad a la que pertenecen, los sectores más bajos aragoneses tienen consciencia de lo que ocurre a su alrededor. Sin embargo, no hay que caer en el error de atribuirles un papel de liderazgo en la rebelión. Al frente del conflicto, por mucho que los apologistas intenten camuflarlo, se situaron siempre los estamentos dirigentes aragoneses, ya fueran unos u otros dependiendo del momento. El gran problema para los rebeldes fue que el número de miembros de la élite dirigente iba en disminución a medida que avanzaba el conflicto, restando así peligrosidad a la rebelión, ya que esta, en el Antiguo Régimen, dependía de la posición que frente al poder establecido adoptaba la nobleza. Algo ya visto en el caso de las Comunidades.

Mientras tanto, el pueblo participó como fuerza de choque, a pie de calle, defendiendo el ordenamiento foral aragonés al grito de «¡Viva la libertad!». Esto no quiere decir que lo hiciera en un estado de plena ignorancia, pero la realidad del momento impedía que su papel en la rebelión fuera otro. De este modo, es cierto que los estamentos populares que participaron en la rebelión aragonesa de 1591 no veían tanto como los sectores dirigentes, pero también es cierto que no eran tan ciegos como pretendieron hacer ver los autores de la versión apologética.

Conclusiones

El estudio de las tres grandes rebeliones a las que tuvo que hacer frente la monarquía hispánica durante el siglo XVI permite extraer una serie de conclusiones generales sobre la participación popular en dichos conflictos; gracias a las que se pueden responder las preguntas planteadas en la introducción del presente trabajo. Algunas de ellas ya han sido apuntadas brevemente, pero ahora se les va a dedicar un análisis más profundo puesto que son aplicables para los tres casos.

1. ¿Quiénes componían la multitud?

Sólo los grupos con un nivel mínimo de recursos económicos son capaces de protagonizar movilizaciones; los que no los poseen raramente se rebelan, ya que su estado de dependencia les inducía a la sumisión o, en el mejor de los casos, a protestas esporádicas fácilmente controlables por el grupo dirigente⁹⁰. De esta forma, existen sólidas razones para sostener que el punto de vista tradicional, aquel que mantiene que la multitud revoltosa está compuesta de criminales, gentuza, vagabundos y desechos sociales, es, en general, falso⁹¹.

Evidentemente, no se puede negar que las condiciones de conmoción social bajo las cuales se producen las revueltas, proporcionaron excelentes oportunidades a los ladronzuelos y rateros para unirse a la refriega y, bajo las apariencias de la revuelta, obtener un buen botín.

Sin embargo, los elementos criminales no fueron la principal fuerza de choque. Tanto la lista de los 293 exceptuados del perdón general de 1522 tras las Comunidades de Castilla, las listas de exceptuados de los perdones generales que emite el virrey después de las Germanías de Valencia, como los autos de fe posteriores a la rebelión

⁹⁰ Es anacrónico pensar que la tradición de la orgullosa independencia de las familias de clase obrera característica de finales del siglo XIX existió en períodos anteriores. Hasta ese momento, no hay razones para relacionar vergüenza y recurso a la caridad; es más, la caridad formaba parte de la economía moral, algo considerado por los pobres como un derecho en tiempos difíciles. Así, mendigos y vagabundos, asumían la caridad como un derecho propio y, por lo general, no se rebelaron contra el orden social existente. WOOLF, S., *Los pobres en la Europa Moderna*, Crítica, Barcelona, 1989, pp. 57-58.

⁹¹ RUDÉ, G., *La multitud en la historia...Op. cit.*, p. 205.

aragonesa de 1591, así lo reflejan. Las personas que allí aparecen, en su gran mayoría, pertenecen a los estratos más bajos de la ciudad (tenderos, mesoneros, cuchilleros, herreros, carniceros, etc.) y del campo (labradores, jornaleros, etc.). Todos adolecieron de una situación económica precaria pero ni mucho menos eran ladrones, pícaros o vagabundos.

De estas tablas se puede extraer, además, que si algo primaba dentro de la multitud era la heterogeneidad. Cuestión que ha quedado más que demostrada en los apartados del trabajo dedicados a conocer la extracción social de los protagonistas de las manifestaciones populares. Concretamente, para el caso de las Germanías se ha hecho especial hincapié en este aspecto, ya que a pesar de ser la rebelión con un mayor componente popular no se debe pensar que todos sus integrantes mantienen unos objetivos comunes.

Ello se debe a que ni campesinado ni artesanado son bloques compactos que persiguen unos mismos fines. Si a esto se suma que en el caso de Aragón y Castilla también aparecen entre las filas rebeldes miembros pertenecientes a estratos privilegiados, la variedad de objetivos y motivaciones está más que asegurada.

De esta forma, se observa que las tres rebeliones analizadas tenían una base social, pero carecían de base de clase. Es decir, sí contaban con un amplio apoyo de diferentes estratos de la sociedad, como se acaba de demostrar, pero cada uno de ellos tendría diferentes objetivos, incluso dentro de cada estrato se darían enfrentamientos horizontales y no todos sus integrantes se adscribirían de forma unánime al levantamiento. Es algo lógico, ya que no se debe entender la sociedad del Antiguo Régimen como una sociedad dividida en clases.

En último lugar, es conveniente recordar que ninguna de las tres rebeliones puede ser analizada como un movimiento de ámbito nacional. Por el contrario, mientras sólo una «minoría activa» participa en la rebelión, al margen aparece una «mayoría pasiva» que podía estar a favor de los rebeldes o no. Estará a favor cuando exista un evidente vínculo de simpatía e intereses entre los pocos activos y los muchos inactivos⁹². Sin

⁹² *Ibidem*, pp. 217-218.

embargo, a pesar de esta simpatía con los sublevados no se suma a la rebelión o, en el mejor de los casos, lo hace muy ocasionalmente y de forma indirecta, ya sea dando cobijo a los rebeldes o negándose a colaborar con las autoridades dificultando así la represión.

¿Por qué, aun simpatizando, no participa en la rebelión esta «mayoría pasiva»? Una posible explicación la aporta el filósofo alemán Peter Sloterdijk basándose, a su vez, en teorías de Thomas Hobbes o Spinoza. Los tres autores defienden que todos los individuos están obsesionados por un «inextinguible deseo de autoconservación». Este deseo encierra, en última instancia, una tendencia defensiva⁹³.

Pues por mucho que entre las instancias más poderosas se encuentren las pasiones agresivas y expansivas, el impulso de prestigio, la envidia y la avidez por conseguir ventajas personales, estas, sin embargo, quedan empalidecidas por la motivación más conservadora de todas; a saber, el miedo a la muerte, que se revela más poderoso incluso que todos los apetitos afirmativos⁹⁴.

Por este mismo motivo, para el pueblo siempre ha habido más argumentos a favor de la prudencia que de la rebeldía⁹⁵. Como resultado, «incluso en las sociedades en las que han sido habituales los disturbios y las protestas, los largos períodos de relativa tranquilidad han sido mucho más frecuentes que las breves pero dramáticas revueltas»⁹⁶.

2. ¿Qué motivos y aspiraciones les movían?

En primer lugar, se ha puesto especial interés en demostrar que la protesta popular no debe ser interpretada únicamente bajo lo que Pedro Luis Lorenzo Cadarso denomina «la clave del estómago», aquella interpretación según la cual el aumento de la presión

⁹³ Idea muy similar a la desarrollada por el sociólogo estadounidense Neil Smelser, quien mantiene que frente a la minoría activa aparece una mayoría dominada por las «creencias autocomplacientes», aquellas que consideran que es mejor no desafiar las normas existentes, aunque no se crea en ellas, por el peligro de perder la vida o de perder los bienes que conlleva el hecho de desafiarlas. SMELSER, N.J., *Teorías del comportamiento colectivo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989, p. 88.

⁹⁴ SLOTERDIJK, P., *El desprecio de las masas. Ensayo sobre las luchas culturales de la sociedad moderna*, Pre-textos, Valencia, 2002, pp. 37-38.

⁹⁵ LORENZO CADARSO, P.L., *Los conflictos populares... Op. cit.*, p. 95.

⁹⁶ LANDSBERGER, H.A., «Disturbios campesinos»... *Op. cit.*, p. 12.

fiscal, el alza de los precios del pan o el endurecimiento de las exacciones señoriales eran los únicos motivos que generaban la indignación popular. Por el contrario, si las protestas populares llegaron a ser tan frecuentes en ciertas coyunturas concretas fue debido a que existió, en determinadas esferas del pensamiento popular, lo que podría denominarse «irredentismo ideológico»⁹⁷.

De este modo, muchas prácticas políticas y económicas nunca fueron aceptadas por el pueblo pese a llevar varios siglos conviviendo con ellas: la anteposición de los intereses particulares a los colectivos en el ejercicio de oficios públicos (visto en el caso de las Comunidades, por ejemplo), la oligarquización del poder municipal (las Germanías dan buena prueba de ello) o la privatización de los bienes comunales. A este rechazo de determinadas prácticas se debe sumar la pervivencia de ciertos preceptos éticos comunitaristas y la creencia en la bondad de los usos tradicionales.

La suma de ambos factores no servía para elaborar un contraproyecto social, pero debido a su simplicidad no necesitaban de grandes razonamientos para su puesta en práctica ni de campañas propagandísticas para que fuesen asumidas de forma entusiasta por el pueblo. La idea del «bien común» dentro de las Comunidades representa un buen ejemplo.

Descartada la idea de que el pueblo sólo se levante por motivaciones económicas, tampoco hay que caer en el error de que sus únicas reivindicaciones son de tipo político. Lo cierto es que «la multitud puede levantarse porque está hambrienta o teme estarlo, porque tiene una profunda aflicción social, porque busca una reforma inmediata o el milenario o porque quiere destruir a un enemigo o aclamar a un héroe. Pero rara vez lo hace por una sola de estas razones»⁹⁸.

Por lo tanto, sí tiene motivaciones propias y además son diversas; aspecto que ha quedado claramente demostrado en el apartado dedicado a las motivaciones populares en cada una de las revueltas analizadas. No obstante, de entre todas ellas, hay unas que

⁹⁷ LORENZO CADARSO, P.L., *Los conflictos populares...Op. cit.*, p. 2.

⁹⁸ RUDÉ, G., *La multitud en la historia...Op. cit.*, p. 224.

suelen predominar sobre otras. Por este motivo, tal y como mantiene George Rudé, existen unos motivos dominantes y otros subyacentes⁹⁹.

Los dominantes serían los motivos de tipo económico y los de tipo político, mientras que los subyacentes hacen referencia a las ideas religiosas y milenaristas. Es algo que también ha quedado patente en el presente trabajo, aunque es necesario matizar algunas cuestiones. Es evidente que las motivaciones de índole política juegan un papel muy destacado en las tres rebeliones, es decir, son claramente motivos dominantes. Sin embargo, para el caso de la rebelión aragonesa, los motivos económicos no ocupan un lugar preferente entre las reivindicaciones populares, por lo que deberían ser más bien considerados como subyacentes. Al revés ocurre con el fervor religioso dentro de las Germanías de Valencia, ya que en ellas se observa un elevado componente mesiánico que provoca que las ideas religiosas jueguen un papel mucho más destacado que en otros casos. Por lo tanto, están mucho más cerca de ser motivaciones dominantes que subyacentes.

El caso del encubertismo permite comprobar, además, como un componente inicialmente subyacente puede acabar convertido en dominante a medida que los protagonistas y objetivos de la rebelión van evolucionando, puesto que ya se ha mencionado que ese fervor religioso observable en las Germanías de Valencia cobraría mayor fuerza en su última etapa. De este modo, dentro de las fases de los respectivos conflictos, es posible que las motivaciones cambien de categoría.

Si se habla de una serie de motivaciones propias o del rechazo de una serie de actitudes políticas y económicas por parte del pueblo, es conveniente hacer referencia a la existencia de una ideología popular. La cual, en este período, no es propiedad exclusiva de un solo grupo, por lo que no se puede hablar todavía de conciencia de clase. Lo más frecuente es que esta ideología sea una mezcla, una fusión de dos elementos, de los cuales sólo uno es privativo de los grupos populares, mientras que el otro se sobreimpone mediante un proceso de transmisión y adopción desde fuera¹⁰⁰.

⁹⁹ *Ibidem*, p. 225.

¹⁰⁰ RUDÉ, G., *Revolución popular y conciencia de clase*, Crítica, Barcelona, 1981, p. 34.

El primero, definido por George Rudé como «elemento inherente», es el conjunto tradicional de ideas y actitudes pertenecientes a la experiencia propia del pueblo (un claro ejemplo lo representa la defensa del bien común en las Comunidades de Castilla o el clamor en favor de los fueros para el caso aragonés)¹⁰¹; y el segundo, el «elemento derivado», es aquel formado a partir de las ideas adquiridas o transmitidas por otros grupos sociales, ya fuesen leídas en los libros, se proclamasen desde un púlpito, desde un estrado o en la plaza del pueblo, o se transmitiesen por las esquinas de las calles, en mercados o talleres¹⁰².

La existencia de una ideología «inherente» pone de manifiesto que no existe ninguna tablilla en blanco que ocupe el lugar de la mente y en la que se puedan injertar ideas allí donde antes no había ninguna. Es decir, tal y como se ha intentado demostrar en el presente trabajo, hay que desterrar la idea de una chusma insensata que no se enteraba de nada en absoluto de lo que pasa a su alrededor. El campesino que creía tener derecho a la tierra, ya fuese como propietario individual o teniéndola en propiedad común con otros campesinos, o el pequeño consumidor que defiende su derecho de comprar el pan a un precio justo según determinan la experiencia y la costumbre, analizado a la perfección por E.P. Thompson en «La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII», reflejan la necesidad de desechar dicha idea.

«Experiencia», «costumbre», o «usos tradicionales» son conceptos que han aparecido en este apartado y en todos los que, a lo largo del trabajo, se han dedicado a analizar el peso de un ideario político propio para los sectores más humildes. De igual modo, en las páginas dedicadas a las Germanías se ha visto como los rebeldes recurren a un privilegio de 1278 del rey Pedro III; para el caso de las Comunidades fueron constantes las alusiones al sistema de concejo abierto medieval; y en la rebelión

¹⁰¹ Se debe a que, en muchas ocasiones, los estratos populares pudieron acogerse a la foralidad aragonesa. De este modo, existe entre ellos una idea de bondad de los fueros basada en experiencias propias. Un ejemplo registrado en los procesos contra los sublevados en 1591 así lo refleja, ya que un testigo identificó entre ellos «a un tal Rebollar, que vendia candeleros de açofar y bivia en la plaça del Justiçia a aquella sazón, el qual se señalo entre todos, diziendo con un pedernal o arcabuz en la mano, a grandes bozes: ea, aragoneses, Sali y defendamos nuestros fueros, que yo he sido el primero que he salido a la campana y he de morir aquí». GASCÓN PÉREZ, J., «Los fundamentos del constitucionalismo aragonés. Una aproximación», *Manuscripts*, n.º 17 (1999), pp. 271-272. Por lo tanto, conviene matizar las tradicionales afirmaciones, vistas en la parte del estado de la cuestión referentes a la rebelión aragonesa, que mantienen que la foralidad aragonesa únicamente era un mecanismo para defender los intereses de los privilegiados.

¹⁰² RUDÉ, G., *El rostro de la multitud, estudios sobre revolución, ideología y protesta popular*, edición a cargo de KAYE, H.J., Fundación Instituto de Historia Social, Valencia, 2000, p. 202.

aragonesa, por ejemplo, se esgrimió el Privilegio General promulgado por Juan II en 1461 a la hora de declarar la resistencia a las tropas de Felipe II¹⁰³.

Son, en todo momento, concepciones basadas en el respeto o en la recuperación de la tradición. Por lo tanto, este ideario popular estuvo «dominado por la idea no del progreso, sino de la vuelta a una edad dorada del pasado, por la pasión no de innovar, sino de renovar»¹⁰⁴. Sin embargo, la ausencia de toda noción de progreso en estas ideologías no significa que fuesen incapaces de generar nuevas concepciones del orden político y social. Como ocurre en las Germanías, por ejemplo, lo que comenzó por constituir un movimiento para restaurar una herencia acabó siendo una petición de alteraciones básicas en el sistema político.

3. ¿Cuál fue su papel dentro de la rebelión?

Si algo ha sido de sobras repetido a lo largo del trabajo es que las rebeliones del Antiguo Régimen, debido a la propia estructura social del momento, estuvieron normalmente dirigidas por los estratos superiores de la sociedad, mientras los más humildes actuaron como fuerza de choque. Las Germanías, como ya se ha visto, suponen una excepción.

Sin embargo, también ha quedado demostrado que las rebeliones son un proceso que va evolucionando y que el peso popular iba a ir aumentando progresivamente. Como mantiene Pedro Luis Lorenzo Cadarso:

¹⁰³ GASCÓN PÉREZ, J., *Alzar banderas contra su rey. La rebelión aragonesa de 1591 contra Felipe II*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2010, pp. 210-213.

¹⁰⁴ FORSTER, R. y GREENE, J.P., «Introducción»...*Op. cit.*, p. 25. En una línea similar se sitúa Roland Mousnier, quien considera que son levantamientos que no generan revoluciones al estar imbuidos por la idea de la «omnipotencia de la costumbre» surgida en la comunidad misma. MOUSNIER, R., *Furores campesinos...**Op. cit.*, p. 300. Detrás de esta afirmación del historiador francés se esconde una cuestión que ha generado un debate historiográfico de gran magnitud: ¿se pueden considerar las sublevaciones del siglo XVI, o del Antiguo Régimen en general, como «revoluciones»? Algunos autores, como Francesco Benigno o Charles Tilly, consideran que ya puede hablarse de revoluciones que trastornaron el panorama político para el siglo XV, sin embargo, otros como Hannah Arendt, Reinhart Koselleck, Henry Landsberger, Rodney Hilton o John Elliott mantienen que no puede hablarse de revolución en el sentido que actualmente tiene hasta la llegada de la Revolución francesa. Sin desarrollar la argumentación de cada uno de ellos, ya que no es el cometido del trabajo, simplemente mencionaré que esta segunda visión me parece más acertada, por lo que a lo largo del trabajo se ha evitado en todo momento el uso del concepto «revolución» para referirse a las rebeliones analizadas.

Los miembros de la élite eran arrinconados o, más frecuentemente, se autoexcluían, y su papel era asumido por individuos de extracción popular, partidarios de soluciones maximalistas y enemigos del compromiso con el grupo dirigente. Los objetivos sufrían un proceso similar y, por lo tanto, se tornaban mucho más ambiciosos que en un principio¹⁰⁵.

Se pone así de manifiesto el proceso de radicalización observado ya en las tres rebeliones. No obstante, este no siempre fue el proceso habitual, ya que en un elevado porcentaje de ellas, pasados los primeros momentos de euforia, la mayoría de la población terminaba adoptando posturas pesimistas y acomodaticias.

Sin embargo, en algunos casos (como los aquí analizados), el proceso seguía un curso opuesto, caracterizado por una radicalización paulatina. Se daba así la escalada de los extremos¹⁰⁶. No por ello hay que pensar en el desarrollo de una violencia descontrolada, ya que la multitud del Antiguo Régimen rara vez participó en ataques indiscriminados. De la misma manera, aunque las revueltas podían extenderse por contagio más allá de los límites rurales o urbanos dentro de los cuales había comenzado, casi nunca alcanzaron zonas no afectadas por los motivos de queja que les dieron origen¹⁰⁷.

Ello se debe a que no era una violencia improvisada y ejecutada anárquicamente, sino que estaba sujeta a normas que dictaba la tradición. Evidentemente, no se puede negar la existencia de una violencia anómica o de, siguiendo el concepto del antropólogo Stanley Tambiah, «una violencia jubilosa» por la que grupos o personas descontroladas gozan o se enorgullecen llevando a las cotas más altas el grado de radicalización¹⁰⁸. Sin embargo, son excepciones dentro del colectivo movilizado.

En esta moderación de los ímpetus también jugaron un papel importante otros factores. Por ejemplo, fue clave el papel de esos dirigentes intermediarios surgidos de la élite popular para evitar que la situación alcanzara una radicalidad tan elevada que pudiese llegar a afectar a los miembros del estamento privilegiado con quienes

¹⁰⁵ LORENZO CADARSO, P.L., *Los conflictos populares...Op. cit.*, p. 11.

¹⁰⁶ *Ibidem*, p. 10.

¹⁰⁷ RUDÉ, G., *La multitud en la historia...Op. cit.*, p. 262.

¹⁰⁸ Así lo recoge MAZOWER, M., «Violencia y Estado en el siglo XX», *Historia Social*, n.º 51 (2005), p.147.

mantenían una estrecha relación. Es el caso del mencionado pelaire Pedro de Fuertes y el conde de Aranda, principal miembro de la aristocracia al frente de la rebelión aragonesa de 1591 junto al duque de Villahermosa.

Otro factor a tener en cuenta fue el miedo a la represión, ya que temían que si las cosas llegaban demasiado lejos el castigo posterior, en caso de que la rebelión no triunfara, fuese mucho más cruel¹⁰⁹. El «inextinguible deseo de autoconservación» sale otra vez a relucir.

Existía, además, un mínimo de capacidad organizativa que impedía que los movimientos se convirtieran en baños de sangre sistemáticos. Por lo tanto, la tradicional interpretación que presenta la protesta popular como una explosión de cólera espontánea que no necesitaba organización ni mucho menos tácticas o estrategias premeditadas, es otro de los mitos a superar. Por el contrario, para que surja cualquier fenómeno de protesta colectiva es necesario que exista un nivel mínimo de capacidad organizativa, es decir, que los grupos cuenten con instrumentos que permitan canalizar el malestar hacia la rebelión y sin asumir riesgos suicidas¹¹⁰.

En el caso de las Comunidades se puede contrastar con facilidad, ya que fue la posibilidad de recurrir a fórmulas organizativas inspiradas en los sistemas de gobierno municipales medievales (asambleas de vecinos o elección de diputados populares) lo que posibilitó que las protestas se convirtieran en movilizaciones perfectamente organizadas. Se observa así que para las rebeliones del Antiguo Régimen existían fórmulas organizativas de gran eficiencia (gremios, cofradías, comunidades aldeanas, etc.). Las Germanías, al fin y al cabo, deben su nombre a la hermandad (*germanía* en catalán) de los gremios de las ciudades litorales valencianas.

Otro ejemplo de esta capacidad organizativa lo representa el toque de campana: mecanismo de convocatoria popular por excelencia, utilizado como llamamiento habitual ante un suceso grave o ante la necesidad de organizarse. En este sentido, cabe mencionar una de las obras apologéticas que surgieron tras la rebelión aragonesa de

¹⁰⁹ Razón no les faltaba, ya que al comparar la violencia llevada a cabo por las masas con la represión posterior ejercida por las autoridades, se observa que fueron los segundos quienes más atentados contra la vida de las personas practicaron. RUDÉ, G., *La multitud en la historia...Op. cit.*, p. 265.

¹¹⁰ LORENZO CADARSO, P.L., *Los conflictos populares...Op. cit.*, p. 4.

1591: el *Borrador* del conde de Luna, en cuyo interior aparece una copia manuscrita de la obra de Pedro Mexía sobre las Comunidades de Castilla. Al margen de la misma aparecen anotaciones del propio conde comparando lo ocurrido en Aragón con lo descrito por Mexía para el movimiento comunero. Una de las similitudes que encuentra es, precisamente, el amotinamiento de la población al toque de la campana¹¹¹.

En conclusión, la historia ofrece muy poca información sobre la vida de los sectores más bajos de la sociedad, pero estos tienen sus modos peculiares de llamar la atención de sus poderosos contemporáneos, y, como consecuencia, la nuestra. Disturbios, motines, rebeliones, etc. fueron formas de estos sectores populares de expresar su malestar o su rechazo ante alguna de las medidas impuestas por las autoridades¹¹². El estudio de su intervención en este tipo de manifestaciones colectivas permite, por tanto, conocer numerosos aspectos de su día a día.

Con el presente trabajo, centrado en analizar su participación en los conflictos socio-políticos que jalonaron el siglo XVI dentro de la monarquía española, se espera haber arrojado una mayor luz sobre los estratos populares que conformaron dicha centuria; una línea de investigación que se pretende continuar en futuros trabajos.

¹¹¹ GASCÓN PÉREZ, J., «Defensa de los fueros y fidelidad»...*Op. cit.*, p. 463.

¹¹² BRAUDEL, F., «Miseria y bandidaje», en *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, vol. II, Fondo de Cultura Económica, México, 1976, p. 11.

Bibliografía

1. General

- ARENDT, H., *Sobre la revolución*, Alianza, Madrid, 1988.
- BENIGNO, F., *Espejos de revolución*, Crítica, Barcelona, 2000.
- BRAUDEL, F., «Miseria y bandidaje», en *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, vol. II, Fondo de Cultura Económica, México, 1976, pp. 110-139.
- COHN, N., *En pos del milenio. Revolucionarios milenaristas y anarquistas místicos de la Edad Media*, Alianza, Madrid, 1995.
- ELLIOTT, J.H., *La España Imperial, 1469-1716*, Vicens Vives, Barcelona, 1998.
- *España en Europa: estudios de historia comparada*, Universitat de València, Valencia, 2002.
- «Revolución y continuidad en la Europa moderna», en *España y su mundo (1500-1700)*, Taurus, Madrid, 2007, pp. 123-145.
- FORSTER, R. y GREENE, J.P., «Introducción», en FORSTER, R. y GREENE, J.P. (Ed.), *Revoluciones y rebeliones de la Europa moderna*, Alianza, Madrid, 1989, pp. 11-28.
- FOURQUIN, G., *Los levantamientos populares en la Edad Media*, EDAF, Madrid, 1976.
- HILL, C., *El mundo trastornado. El ideario popular extremista en la Revolución inglesa del siglo XVII*, Siglo XXI, Madrid, 1983.
- HILTON, R.H., «Sociedad campesina, movimientos campesinos y feudalismo en la Europa medieval», en LANDSBERGER, H.A. (Ed.), *Rebelión campesina y cambio social*, Crítica, Barcelona, 1978, pp. 97-131.
- HOBBSBAWM, E., *Rebeldes primitivos. Estudios sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Ariel, Barcelona, 1967.
- *Bandidos*, Ariel, Barcelona, 1976.
- JORGE ARAGONESES, M., «Los movimientos y luchas sociales en la Baja Edad Media», *Estudios de Historia Social de España*, t. 1 (1949), pp. 275-423.
- KOSELLECK, R., «Criterios históricos del concepto moderno de revolución», en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós, Barcelona, 1993, pp. 67-85.

- LANDSBERGER, H.A., «Disturbios campesinos: temas y variaciones», en LANDSBERGER, H.A. (Ed.), *Rebelión campesina y cambio social*, Crítica, Barcelona, 1978, pp. 11-93.
- LORENZO CADARSO, P.L., *Fundamentos teóricos del conflicto social*, Siglo XXI, Madrid, 2001.
- MANTECÓN MOVELLÁN, T.A., «Formas de disciplinamiento social, perspectivas históricas», *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, vol. 14, n.º 2 (2010), pp. 263-295.
- MAZOWER, M., «Violencia y Estado en el siglo XX», *Historia Social*, n.º 51 (2005), pp. 139-160.
- MOLLAT, M. y WOLFF, P., *Uñas azules, Jacques y Ciompi. Las revoluciones populares en Europa en los siglos XIV y XV*, Siglo XXI, Madrid, 1979.
- MOUSNIER, R., *Furores campesinos. Los campesinos en las revueltas del siglo XVII (Francia, Rusia, China)*, Siglo XXI, Madrid, 1989.
- PORSHNEV, B., *Los levantamientos populares en Francia en el siglo XVII*, Siglo XXI, Madrid, 1978.
- RUCQUOI, A., «No hay mal que por bien no venga: Joaquín de Fiore y las esperanzas milenaristas a fines de la Edad Media», *Clio&Crimen*, n.º 1 (2004), pp. 217-240.
- RUDÉ, G., *Revolución popular y conciencia de clase*, Crítica, Barcelona, 1981.
- *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra 1730-1848*, Siglo XXI, Madrid, 1989.
- *El rostro de la multitud, estudios sobre revolución, ideología y protesta popular*, edición a cargo de KAYE, H.J., Fundación Instituto de Historia Social, Valencia, 2000.
- SLOTEDIJK, P., *El desprecio de las masas. Ensayo sobre las luchas culturales de la sociedad moderna*, Pre-textos, Valencia, 2002.
- SMELSER, N.J., *Teorías del comportamiento colectivo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989.
- TILLY, C., *Las revoluciones europeas, 1492-1992*, Crítica, Barcelona, 2000.
- THOMPSON, E. P., «La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII», en *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Crítica, Barcelona, 1979, pp. 62-134.
- VILLARI, R., *Rebeldes y reformadores del siglo XVI al XVIII*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1981.
- WOOLF, S., *Los pobres en la Europa Moderna*, Crítica, Barcelona, 1989.

ZAGORIN, P., *Revueltas y revoluciones en la Edad Moderna. Tomos I y II*, Cátedra, Madrid, 1985-1986.

2. Comunidades de Castilla

ALBA, R., *Acerca de algunas particularidades de las Comunidades de Castilla tal vez relacionadas con el supuesto acaecer del Milenio Igualitario*, Editora Nacional, Madrid, 1975.

BERZAL DE LA ROSA, E., *Los Comuneros. De la realidad al mito*, Sílex, Madrid, 2008.

BLICKLE, P., «El principio del “bien común” como norma para la actividad política. La aportación de campesinos y burgueses al desarrollo del Estado moderno temprano en Europa central», *Edad Media: revista de historia*, n.º1 (1998), pp. 29-46.

ELLIOTT, J.H., «Revueltas en la monarquía española», en FORSTER, R. y GREENE, J.P. (Ed.), *Revoluciones y rebeliones de la Europa moderna*, Alianza, Madrid, 1989, pp. 123-144.

FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P., *Fragmentos de monarquía*, Alianza, Madrid, 1992.

FORTEA PÉREZ, J.I., «Los abusos de poder: el común y el gobierno de las ciudades de Castilla tras la rebelión de la Comunidades», en FORTEA, J.I., GELABERT, J.E. y MANTECÓN, T.A., *Furor et rabies, Violencia, conflicto y marginación en la Edad Moderna*, Universidad de Cantabria, Santander, 2002, pp. 183-218.

– «Fiscalidad Real y Política urbana en la Corona de Castilla en el reinado de Felipe II», en *Las Cortes de Castilla y León bajo los Austrias: una interpretación*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 2008, pp. 63-78.

GELABERT GONZÁLEZ J.E., «Las ciudades castellanas. Entre la resistencia y la colaboración política», en CHECA CREMADES, F. y DÍEZ BORQUE, J.M. (Coord.), *Calderón de la Barca y la España del Barroco*, Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, Madrid, 2000, pp. 429-444.

GONZÁLEZ ALONSO, B., *Sobre el Estado y la Administración de la Corona de Castilla en el Antiguo Régimen*, Siglo XXI, Madrid, 1981.

GUTIÉRREZ NIETO, J.I., *Las Comunidades como movimiento antiseñorial*, Planeta, Barcelona, 1973.

HALICZER, S., *The Comuneros of Castile: the forging of a revolution, 1475-1521*, University of Wisconsin Press, Londres, 1981.

- JEREZ CALDERÓN, J.I., *Pensamiento político y reforma institucional durante la guerra de las Comunidades de Castilla (1520-1521)*, Marcial Pons, Madrid, 2007.
- LORENZO CADARSO, P.L., *Los conflictos populares en Castilla (siglos XVI-XVII)*, Siglo XXI, Madrid, 1996.
- «La protesta popular: oportunidades, identidades colectivas y recursos para la moralización», en MARTÍNEZ GIL, F. (Coord.), *En torno a las Comunidades de Castilla. Actas del congreso internacional «Poder, conflicto y revuelta en la España de Carlos I» (Toledo, 16 al 20 de octubre de 2000)*, Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2002, pp. 481-516.
- LYNCH, J., *Carlos V y su tiempo*, Crítica, Barcelona, 2000.
- MARAVALL, J.A., *Las Comunidades de Castilla. Una primera revolución moderna*, Revista de Occidente, Madrid, 1970.
- *La oposición política bajo los Austrias*, Ariel, Barcelona, 1972.
- MARTÍNEZ GIL, F., «Furia popular. La participación de las multitudes urbanas en las Comunidades de Castilla», en MARTÍNEZ GIL, F. (Coord.), *En torno a las Comunidades de Castilla. Actas del congreso internacional «Poder, conflicto y revuelta en la España de Carlos I» (Toledo, 16 al 20 de octubre de 2000)*, Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2002, pp. 309-364.
- PÉREZ, J., *La revolución de las Comunidades en Castilla (1520-1521)*, Siglo XXI, Madrid, 1977.
- *Los comuneros*, La Esfera, Madrid, 2001.
- «Las Comunidades de Castilla. Nuevas perspectivas», en MARTÍNEZ GIL, F. (Coord.), *En torno a las Comunidades de Castilla. Actas del congreso internacional «Poder, conflicto y revuelta en la España de Carlos I» (Toledo, 16 al 20 de octubre de 2000)*, Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2002, pp. 133-146.
- RIZZUTO, C.C., «Pensando con demonios entre los comuneros de Castilla. El diablo y la revuelta de las Comunidades (1520-1521)», *Sociedades precapitalistas*, vol. 4, n.º 1 (2014), [en línea], en <<http://www.sociedadesprecapitalistas.fahce.unlp.edu.ar/article/view/SPv04n01a03>> consultado el 20/07/2015.
- SÁNCHEZ LEÓN, P., *Absolutismo y comunidad. Los orígenes sociales de la guerra de los comuneros de Castilla*, Siglo XXI, Madrid, 1998.
- SUÁREZ VARELA, A., «Celotismo comunal. La máxima política del procomún en la Revuelta Comunera», *Tiempos Modernos*, n.º 15 (2007), pp. 1-34.

- THOMPSON, I.A.A., «Castilla, España y la monarquía: la comunidad política, de la patria natural a la patria nacional», en KAGAN, R.L. Y PARKER, G. (Eds.), *España, Europa y el mundo Atlántico*, Marcial Pons, Madrid, 2001, pp. 177-216.
- VALDEÓN BARUQUE, J., *Los conflictos sociales en el reino de Castilla en los siglos XIV y XV*, Siglo XXI, Madrid, 1973.
- VALDEÓN, J., PÉREZ, J. y MARAVALL, J.A., «Los comuneros», *Cuadernos Historia* 16, n.º 24 (1985).

3. Germanías de Valencia

- DURAN, E., «Aspectes ideològics de las Germanies», *Pedralbes. Revista d'Historia Moderna*, n.º 2 (1982), pp. 53-67.
- FELIPO ORTS, A., *Autoritarismo monàrquico y reacció municipal. La oligarquía urbana de Valencia desde Fernando el Católico a las Germanías*, Universitat de València, Valencia, 2004.
- GARCÍA CÁRCCEL, R., *Las Germanías de Valencia*, Península, Barcelona, 1981.
- «Comunidades y Germanías. Algunas reflexiones», en MARTÍNEZ GIL, F. (Coord.), *En torno a las Comunidades de Castilla. Actas del congreso internacional «Poder, conflicto y revuelta en la España de Carlos I» (Toledo, 16 al 20 de octubre de 2000)*, Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2002, pp. 209-230.
 - y BELENGUER CEBRIÀ, E., «Las Germanías», *Cuadernos de Historia* 16, n.º 48 (1985).
 - y CÍSCAR PALLARÉS, E., *Moriscos y agermanats*, L' Estel, Valencia, 1974.
- PÉREZ GARCÍA, P. «Las ciudades valencianas y el Milenio (1450-1550): el problema del encubertismo», en FORTEA, J.I. y GELABERT, J.E. (Eds.), *Ciudades en conflicto (siglos XVI-XVII)*, Marcial Pons, Madrid, 2008, pp. 279-305.
- y CATALÁ SANZ, J.A., *Epígonos del encubertismo. Proceso contra los agermanados de 1541*, Biblioteca Valenciana, Valencia, 2000.

4. Rebelión aragonesa de 1591

- ARMILLAS VICENTE, J.A. y SOLANO CAMÓN, E., «Proyección del poder real sobre Aragón en la construcción del absolutismo (1495-1645)», en SARASA SÁNCHEZ, E. y

- SERRANO MARTÍN, E. (Coord.), *La Corona de Aragón y el Mediterráneo, siglos XV-XVI*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1997, pp. 333-367.
- COLÁS LATORRE, G., «Las “revoluciones” de 1591 y Bartolomé Leonardo de Argensola», *Cuadernos de Estudios Borjanos*, n.º XXV-XXVI (1991), pp. 109-188.
- y SALAS AUSÉNS, J.A., *Aragón bajo los Austrias*, Librería General, Zaragoza, 1977.
- y SALAS AUSÉNS, J.A., *Aragón en el siglo XVI. Alteraciones sociales y conflictos políticos*, Departamento de Historia Moderna. Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1982.
- DESPORTES BIELSA, P., *La industria textil en Zaragoza en el siglo XVI*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1999.
- «Entre mecánicos y honorables. La “elite popular” en la Zaragoza del siglo XVII», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, n.º 75 (2002), pp. 55-74.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Felipe II y su tiempo*, Espasa, Madrid, 1998.
- GASCÓN PÉREZ, J., «El “vulgo ciego” en la rebelión aragonesa de 1591», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, n.º 69-70 (1994), pp. 89-113.
- *Bibliografía crítica para el estudio de la rebelión aragonesa de 1591*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1995.
- «Defensa de los fueros y fidelidad a la Monarquía en la rebelión aragonesa de 1591», en FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P. (Coord.), *Monarquía, Imperio y pueblos en la España Moderna. Actas de la IV Reunión Científica de la Asociación Española de Historia Moderna. Alicante, 27-30 de mayo de 1996*, t.1, Caja de Ahorros del Mediterráneo, Alicante, 1997, pp. 459-475.
- «La rebelión aragonesa de 1591. Reflexiones a propósito de un conflicto político», en PEREIRA IGLESIAS, J.L. y GONZÁLEZ BELTRÁN, J.M. (Eds.), *Felipe II y su tiempo. Actas de la V Reunión Científica Asociación Española de Historia Moderna*, Universidad de Cádiz y Asociación Española de Historia Moderna, Cádiz, 1999, pp. 295-304.
- «1591-1991: cuatro siglos de historiografía sobre las «Alteraciones» de Aragón», *Studia histórica. Historia moderna*, n.º 20 (1999), pp. 241-268.
- «De las alteraciones a la rebelión: una alternativa a la interpretación “aristocrática” del conflicto entre Felipe II y Aragón en 1591», *Pedralbes: revista d'història moderna*, n.º 21 (2001), pp. 165-191.

- «Introducción al estudio de la oposición política y las redes de poder en Aragón durante la segunda mitad del siglo XVI», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, n.º 75 (2002), pp. 75-105.
 - *Aragón en la monarquía de Felipe II. Tomos I y II*, Rolde de Estudios Aragoneses, Zaragoza, 2007.
 - *Alzar banderas contra su rey. La rebelión aragonesa de 1591 contra Felipe II*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2010.
- GIL PUJOL, J., «La comunidad local ante la entrada y despliegue del ejército del Rey: toma de decisiones en una disyuntiva de fidelidades (Ágreda, Tarazona, Borja, Barbastro, Jaca)», *Cuadernos de Estudios Borjanos*, n.º XXV-XXVI (1991), pp. 63-108.
- «Ecos de una revuelta: el levantamiento foral aragonés en 1591 en el pensamiento político e histórico europeo de la Edad Moderna», en SARASA SÁNCHEZ, E. y SERRANO MARTÍN, E. (Coord.), *La Corona de Aragón y el Mediterráneo, siglos XV-XVI*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1997, pp. 295-332.
- GONZÁLEZ ANTÓN, L. «Sobre la monarquía absoluta y el reino de Aragón en el siglo XVI», en SARASA SÁNCHEZ, E. y SERRANO MARTÍN, E. (Coord.), *La Corona de Aragón y el Mediterráneo, siglos XV-XVI*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1997, pp. 369-409.
- GRACIA RIVAS, M., «La concentración del ejército del rey y la represalia militar sobre el reino», *Cuadernos de Estudios Borjanos*, n.º XXV-XXVI (1991), pp. 189-226.
- *La «invasión» de Aragón en 1591. Una solución militar a las alteraciones del reino*, Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1992.
- JARQUE MARTÍNEZ, E., *Juan de Lanuza: Justicia de Aragón*, Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1991.
- y SALAS AUSÉNS, J.A., *Las alteraciones de Zaragoza en 1591*, Edicions de l'Astral, Zaragoza, 1991.
 - y SALAS AUSÉNS, J.A., «Entre la fidelidad al Rey y el acatamiento de la legalidad foral: Zaragoza en 1591», en FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P. (Coord.), *Monarquía, Imperio y pueblos en la España Moderna. Actas de la IV Reunión Científica de la Asociación Española de Historia Moderna. Alicante, 27-30 de mayo de 1996*, t.1, Caja de Ahorros del Mediterráneo, Alicante, 1997, pp. 477-492.
- LEONARDO DE ARGENSOLA, B., *Alteraciones populares de Zaragoza año 1591*, ed. de COLÁS LATORRE, G., Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1996.

- LEONARDO DE ARGENSOLA, L., *Información de los sucesos en el reino de Aragón en los años 1590 y 1591*, est. introd. a cargo de GIL PUJOL, J., Edicions de l'Astral, Zaragoza, 1991.
- PÉREZ, J., «Rectificación histórica», en GASCÓN PÉREZ, J., *Alzar banderas contra su rey. La rebelión aragonesa de 1591 contra Felipe II*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2010, pp. 9-14.
- SÁNCHEZ LÓPEZ, P., «Después de las Alteraciones aragonesas. Aspectos de la represión inquisitorial de la revuelta de 1591», *Ius Fugit*, vol. 5-6 (1996-1997), pp. 309-353.
- SOLANO CAMÓN, E., «Aragón en la administración de guerra de la monarquía hispánica durante el siglo XVI», *Anales de la Universidad de Alicante*, n.º 22 (2004), pp. 107-142.